

— SUMARIO —

Nuestro extraordinario; La Iglesia vuelve los ojos a la juventud, por el Arzobispo de Toledo; La Anunciada y su Historia, por José Limia; La vida que pasa, por E. Vázquez Gundín; Eficiencia actual de la Anunciada, por Antonio Asorey; La gloria de un pasado, por José Santaló; Una anécdota de Reyero, por José Martínez Pereiro; En el quincuagésimo aniversario de la Fundación, por Felipe Gil Casares; Una ventanita, un jardín y una iglesia, por S. Blanco Cicerón; Campus-Estellæ, por Jacobo J. Rey Porto; Voluntad varonil y férrea, por José M.^a García; Semana Santa, por Joaquín Florit; La Anunciada en el arte, por J. Armada; Río de encanto, por Luciano García; El sentido unitario del pensamiento medieval y tomista, por Carlos Ruiz del Castillo; Los estudiantes, por Alfredo Gómez Jaime; Estudiante, ave de paso..., por Ramón F. Fernández; Apostolado juvenil, por Federico Santander; Un Amable filósofo, por José Fernández Rofast; Hacia un nuevo teatro, por Fernández Mosquera; Las Bodas de Oro de la Anunciada; Crónica de unos ejercicios, por Ramón Jesús Mucientes; La velada del 23; Página de humor, por los Hepáticos.

Long
1901

Academia Gelmírez

COLEGIO - RESIDENCIA
DE 1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Conga, 9 - Gelmírez, 11
Teléfono número 1236
Apartado de Correos 20

SANTIAGO DE COMPOSTELA

SE ADMITEN ALUMNOS
INTERNOS, MEDIO PENSIO-
NISTAS Y EXTERNOS



COMEDOR

PUBLIC 1975
CS 11310527

Material Eléctrico y Montaje de Instalaciones

LA ELECTRA

Calderería, 28 y 30

AGENCIA OFICIAL

F O R D

NUEVOS MODELOS EN EXISTENCIAS

BANDAJES Y ACCESORIOS

Fuente de San Antonio, 27 Teléfono 1519

SANTIAGO

RADIO Y LUZ

REPRESENTACION OFICIAL

PHILIPS - RADIO

Y LAMPARAS

Martín Otero

Rúa del Villar, 20

SANTIAGO

SUCESORES DE GALÍ

Librería Nacional y Extranjera, Científica y Literaria

Libros de texto de todas las Facultades

CASA FUNDADA EN 1872

Rúa del Villar, 66

SANTIAGO

ESPECIALIDAD EN ARTICULOS PARA NIÑO

ROPA BLANCA

CASA BESADA

MANTELERIA
Y JUEGOS DE CAMA

Calderería, 16

SANTIAGO

CONFITERIA

Y

PASTELERIA

CASA MORA

SIEMPRE LA PREFERIDA POR

EL PUBLICO INTELIGENTE

La Revolución en Santiago

ALMACEN DE CALZADO

Lo más nuevo. Lo mejor en Calzado de la próxima temporada para Señoras, Caballeros y Niños. PRECIOS SIN COMPETENCIA. No se olviden y no compren sin antes visitar esta Casa que ahorrarán tiempo y dinero.

SEVERINO DIAZ

(Sucesor de ANDRES MOSQUERA)

PREGUNTOIRO 35

SANTIAGO

Marcelino Guldriz

DISTRIBUIDOR DE AGUAS DE MONDARIZ,
FUENTES DE GÁNDARA Y TRONCOSO

PARA SANTIAGO, ÓRDENES, ARZÚA
Y LA PARTE DE NEGREIRA

Depósito: Hórreo, 19 SANTIAGO

LA MEJOR CERVEZA ES LA
CRUZ BLANCA

PEDIDOS AL DEPOSITARIO:

Francisco Ron Mato

Almacenes de coloniales al por mayor y menor

Preguntoiro, 24 SANTIAGO

ABRENTE

ÓRGANO DE LA ANUNCIADA
DE PUBLICACIÓN MENSUAL

SUSCRIPCION: Un año, 2 pesetas; número suelto, 0'25

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: QUINTANA NÚMERO 1

ABRENTE

Santiago, Marzo de 1934

Boletín de la Anunciada

Redacción y Admón.: Quintana, 1

Segunda época

Director literario: RAMÓN F. FERNÁNDEZ

Número extraordinario

Nuestro extraordinario

Celebra la Congregación sus Bodas de Oro. No es extraño que vista sus mejores galas y ABRENTE se orle con viñetas de júbilo. Con vibración de juventud y empuje de vida, salimos a ser oreados por la pública opinión.

¡Cincuenta años de vida...! Hagamos un poco de historia. Volvamos la vista al pasado y traigamos al palenque de la actualidad, la emoción culminante de nuestro glorioso ayer. Concreto y rápido hagamos un recorrido de evocaciones, para no forzar la impaciencia del lector en la antesala forzosa.

Nació la Anunciada como todas las grandes obras: Un anhelo, empenachado de romanticismo, cuaja en la mente de un apóstol infatigable. Cristaliza el anhelo en realidad y su indeciso perfil se va haciendo carne y espíritu.

Alborear que es promesa primero. Mañana espléndida después. Destellos de mediodía finalmente. Y siempre mirando hacia delante con un empuje soberbio de dominación y de conquista... ¿El ocaso? ¿Quién piensa en el ocaso cuando aun asoma fúlgida la aurora? ¡Aurora mágica y esplendorosa de juventud perenne! Perenne porque cada vez se renueva y siempre se fortifica. El tronco, viejo ya por los años, brota pujante en cada primavera. Marcha una juventud y otra viene plena de arrestos y ávida de empenacharse con airón de victoria.

Eso es nuestra historia que hoy queremos recoger en nuestras páginas y unirla al presente. Recoger al mismo tiempo los latidos de entusiasmo que animan el espíritu de una obra ingente.

Coincide este extraordinario con la fiesta de Sto. Tomás, que es la Fiesta del Estudiante. Publicación eminentemente escolar es ABRENTE y por eso dedica un espacio a la gloriosa efemérides. Se hace así eco de una corriente tradicional, imbuida en auras de renovación. En ella está la historia de la España grande que puso la espada al servicio de la Cruz. De la España que caía de hinojos ante la Custodia del Corpus. La España de Calderón y de Tirso y de Lope, que vibraba de emoción con los Autos Sacramentales, magníficamente definidos en la frase de un escritor contemporáneo: «Los muñecos de la antigua farsa, hilvanados sólo para ganar dinero, se han hecho carne y espíritu. Lo real se ha divinizado en lo irreal y lo irreal se ha humanizado en lo abstracto, y sobre el acento del compilador de episodios, se alza vibrante y avasalladora la voz del poeta».

En esta España romancera y luminosa, que dió vida al ensueño y realidad a la leyenda, eran un digno florón las Universidades. Nacidas al lado de los monasterios y enriquecidas con las donaciones de los Prelados, deslizaban su vida fecunda en espiritualismo y pródiga en afanes científicos: Sencilla y democrática en Salamanca. Grave y autoritaria en Alcalá. Y en todas ellas un afán de colaboración entre profesores y alumnos, y un calor cordial de maternidad en sus claustros. ¿Cómo no íbamos a dedicar unas páginas emocionadas a esta tradición y a esta historia?

Finalizamos estas líneas del extraordinario, expresando nuestra profunda gratitud a las eminentes personalidades que galantemente respondieron a nuestro requerimiento. Todos ellos gloria de las letras contemporáneas, no han dudado en prestarnos su colaboración sin fijarse en nuestra modestia. ¡Honra inmarcesible para nosotros salir a la luz de la publicidad del brazo de tan prestigiosas personalidades!

La Iglesia vuelve los ojos a la juventud

Por EL ARZOBISPO DE TOLEDO

Cincuenta años de vida activa de una Congregación son ya una ejecutoria de trabajo y perseverancia. Tantas hemos visto florecer y luego morir, que es caso de admiración el que la de Santiago no sólo haya sobrevivido tiempos de tan hondas perturbaciones sino que subsista con una vida de plena actividad.

Bien estamos tocando las consecuencias de no haber sabido conservar aquellas Congregaciones de jóvenes que, con empuje magnífico, nacieron hace medio siglo y que, tras una efímera existencia, desaparecieron, las más, sin haber rendido todo el fruto que de ellas podía esperarse.

Descuidada, o por lo menos no atendida con la solicitud necesaria, la educación cristiana de la juventud, fué inevitable que varias generaciones creciesen sin verdadero espíritu de fe y de sólida piedad, y que luego actuaran en la vida privada y en la pública más por impulso de la tradición y de la herencia, que por íntima persuasión y por tanto sin el entusiasmo que nace de los ideales hondamente sentidos, y sin el temple y vigor de alma que son menester para arrostrar los sacrificios.

Es urgente formar en nuestro pueblo una conciencia cristiana, la cual ha de consistir primordialmente en el adecuado conocimiento de nuestra Religión, en el convencimiento de que el Cristianismo, poseedor de soluciones para todos los problemas de la vida, debe ser el principio regulador de todos nuestros actos y en un encendido amor a la Iglesia Católica, no sólo como gloriosa institución que engrandeció nuestro pasado, sino como sociedad perennemente actual, con su Jerarquía, su culto, sus sacramentos, sus leyes y todo el magnífico conjunto de medios de vida sobrenatural.

En la formación de esta conciencia tienen señalado un puesto de honor las Juventudes Católicas, y muy especialmente esa Congregación, que en su historia hallará un fuerte estímulo de acción y perseverancia, y en su larga tradición, métodos de trabajo, de educación espiritual y de apostolado, sancionados por la experiencia de medio siglo.

La Iglesia vuelve sus ojos llena de esperanza hacia la juventud, a la que anhela ver sana de cuerpo y alma, henchida de generosos ideales, saturada de espíritu cristiano. caminando, bajo la dirección de la Jerarquía, en las avanzadas del Reino de Dios que hemos de instaurar como fundamento de toda convivencia humana.

Yo pido al Señor que las fiestas con que van a conmemorarse los triunfos pasados de la Congregación santiaguesa, sean a la vez principio e inauguración de una nueva etapa que supere a la precedente. A necesidades cada día mayores correspondamos nosotros con redoblado ahinco en preparar un porvenir mejor

Un telegrama del Excmo. Sr. Obispo de Tuy

Para nuestro extraordinario nos había prometido un artículo el Dr. D. Antonio García y García, Administrador Apostólico de la diócesis metropolitana de Santiago. Ocupaciones de última hora le impidieron complacernos y en la imposibilidad nos ruega demos cabida al telegrama que nos remitió con motivo de los actos religiosos del día 11, como muestra de lo que aprecia a la Congregación de la Anunciada. Dice así el telegrama:

«Felicítoles cordialmente por Bodas de Oro de su Congregación suplicando Virgen Santísima les bendiga maternalmente para que fructifiquen más y más cultura católica, piedad cristiana, trabajos de apostolado. Lamento no poder estar con ustedes personalmente. Obispo de Tuy. Administrador Apostólico de Santiago».

La Anunciada y su Historia

Por JOSÉ LIMIA

La Congregación de la Anunciada de Santiago celebra sus Bodas de Oro. Sin otro título que el del amor a dicha entidad y la cooperación fervorosa cuanto desinteresada a sus empresas durante más de veinticinco años, quieren que de los puntos de mi pluma, en otros tiempos más avezada a destilar conceptos y pergeñar cuartillas, salga una memoria o cosa parecida. Lamentándolo mucho por el desacierto en la elección y con voluntad sinceramente expresada de desviar el compromiso a persona más autorizada, intentaré, removiéndome recuerdos adormecidos y simpatías no del todo amortiguadas, hilvanar este descolorido retazo en la veste esplendorosa que lucirá la siempre amada Asociación en el festivo día de su cincuentenario.

En el pontificado del inolvidable Cardenal Arzobispo señor Payá y Rico, tan poco recordado cuanto más acreedor a perdurable memoria, pudo llevarse a vías de hecho por una juventud ansiosa de vida espiritual, la Congregación de la Anunciada en esta Compostela, de abolengo tan Mariano que, en el estrecho recinto de sus seculares muros, llegó a contener más de una decena de instituciones dedicadas al culto de la Madre de Dios. La iglesia de la Compañía, centinela avanzado del mismo colegio, fundado por el insigne Arzobispo compostelano don Francisco Blanco, cuyos restos había de guardar en plateresca yacija, acogió a la novel falange que, bajo la dirección de tan preclaros varones cual el nunca bien ponderado y sabio historiógrafo D. Antonio López Ferreiro, habían de imprimir movimiento inicial y con el tiempo ardoroso, gracias al piadoso esfuerzo de los mismos congregantes, característica perdurable en la vida de la Congregación, pese a los innumerables incidentes ajenos a toda obra humana siquiera el fin sea altamente divino.

No hay que decir que la cuestión de la Anunciada quedó como todas las obras de la época constreñida a la parte puramente piadosa, defecto común que tanto mal preparó a los tiempos venideros y así fuera de la fiesta patronal y de la Misa dominical nada se hizo hasta que iniciado ya el siglo actual se vió la necesidad de sacar a la Congregación fuera de los lindes del templo a la vida pública; con tal motivo y por ley natural de selección dióse lugar a la sección de Estanislao, plantel saturado del aroma de la primera edad del que, convenientemente cuidado, nutríase la Anunciada; ésta mejor dispuesta, lanzóse a trabajos más producti-

vos para el nombre de la Congregación y en retorno para el bien común, como las secciones de propaganda y caridad.

Avanzando, pues, en los procedimientos llegó el año 1909 en que se solemnizó dignamente el vigésimo quinto aniversario de su fundación.

A partir de esta fecha, nuevo impulso hizo brotar el Patronato como Casa Social de la Congregación en lo que a expansión externa se refiere, con el objeto de que los Congregantes tuviesen un lugar de honesto esparcimiento tan lógico y tan necesario para apartarles del doble peligro de la corrupción y del aburrimiento, cosa esta última a que propende la condición de la ciudad. Con tal motivo tuvo un ensayo de academia que por desánimo no perduró a pesar de ser un medio provechosísimo para entretener la ociosidad, a la vez que avivar el amor al estudio; entre tanto, y como aliciente piadoso tomaba parte la Congregación en la Adoración Nocturna y en las Conferencias de San Vicente.

La tentativa de un Salón de actos tuvo al fin realidad al inaugurarse el espacioso y bien decorado de la Rúa del Villar, con su bonito escenario y su incipiente Biblioteca. En dicho salón y con ayuda de un magnífico epidiascopo pudieron tenerse entretenidas y cultas conferencias con proyecciones cinematográficas que servían para amenizar los entreactos de las piezas teatrales que allí se ponían en escena: Un agradable pasar a congregantes y familiares.

Fué por este tiempo en que la Congregación llegó a tener su bandera, hermosa señora azul y blanca, ostentando las armas de los Castiliones y las de Santiago. Para la bendición de esta bandera, dispúose magnífica fiesta religiosa, actuando como oficiante el Excmo. Sr. D. Valeriano Menéndez Conde, entonces dignísimo Obispo tudense, quien al distribuir la Sagrada Comunión a la brillante falange de trescientos universitarios, conmovióse hasta el punto de derramar lágrimas; no hay que decir que esta fiesta es de las que dejaron añoranzas impecederas. Por este tiempo figuraba ya en el altar de la Congregación el magnífico Misterio titular plasmado en la mejor obra escultórica de Rivas, por la cual obtuvo justo renombre.

Quedan sin indicar algunas otras obras de utilidad pública, como la de la escuela dominical para obreros, que funcionó en la escuela graduada de la Normal y que desde el principio contó con más de setenta alum-

—≡ LA VIDA QUE PASA ≡—

Por E. VAZQUEZ GUNDIN

Desconozco lo que será la tercera vida, aunque pronto lo conoceré si Dios me deja llegar allá. Pero como sé un tanto de las otras dos, quiero decir algo de ellas a los asociados de la Anunciada de Santiago. Es lo menos que en la presente conmemoración puedo hacer como recuerdo de gratitud a mis tiempos de congregante y como estímulo a cuantos lo son actualmente.

Las dos vidas de referencia las extiendo de los quince a los veintitrés años de edad, una, y la otra desde la mayoría de edad, hasta los cincuenta.

En los albores de la primera todo suele ser bondad, candor y optimismo. Es todavía la bondad formada en el regazo de nuestras madres, al enseñarnos, con todas las ternuras de su amorosísimo corazón, a reverenciar a Dios, amar a los hombres y encariñarnos con el prójimo. Es el candor que, a manera de llama acariciadora, brota del pecho ardoroso de la juventud, siempre alegre y confiada, felizmente desconocedora de las ruindades del mundo. Es el optimismo engendrado en la tendencia natural a juzgar a los demás por sí mismo.

A medida que aquellos albores se alejan, según corren los años, multiplicanse los peligros de que la bondad, el candor y el optimismo se nublen, eclipsen y entibien.

nos. Lástima grande que esta sección, sin duda la de más positivos resultados, haya fracasado en sus comienzos. Convertida en escuela nocturna diaria hubiera sido un centro de cultura primaria y superior para un elemento tan necesitado de ella y la Congregación tendría en su permanencia el mayor timbre de gloria.

Hoy las circunstancias exigen mayor esfuerzo y mayores sacrificios por el ambiente morboso que envuelve a la sociedad en general y a la juventud de una manera particular, sin duda esta misma dificultad servirá para acuciar los intentos generosos de dirigentes y dirigidos, a fin de lograr un avance de métodos y un mayor desarrollo de la obra de apostolado social.

Que la fase iniciada por el actual núcleo de escolares que en torno a la Congregación se agrupan, llegue a ser culminante por la Fe viva, la insuperable voluntad y ardorosa eficacia que pongan en su cotidiana labor, es cuanto ardentemente desea este antiguo congregante.

Los tres enemigos del alma preparan sus conjuras, conspiran incesantemente para hacer presa directa en la bondad y el candor, tomando por blanco certero de su gruesa y oculta artillería la pureza, que es el brillo del alma, el verdadero encanto de las virtudes más sublimes.

Si vence la pureza en esos ataques, ha ganado el joven la victoria más grande; ya puede entrar en la otra etapa de su existencia plenamente esperanzado en ganar las demás batallas, porque sus cicatrices le darán mayor fortaleza y valor, sirviéndole de coraza para nuevos combates, aunque sean de otro orden: saldrá hecho un hombre, grande de alma, sano y fuerte de cuerpo, anhelo de los pueblos más guerreros de la antigüedad: «mens sana in corpore sano», un alma y cuerpo sano como Dios hizo, como Dios quiere mantenerlos. Las Congregaciones de la Anunciada son las mejores Academias para aprender el arte de la guerra y saber vencer; los mejores Cuarteles para adiestrarse en el manejo de las armas, y los espléndidos arsenales donde dotar de armamento invencible a los soldados en el campo bélico, lucha sin cuartel, del resto de su existencia.

Después, en la nueva vida, que por los años empieza a dejar de ser nueva, aparecen otros enemigos, comienzan las preocupaciones, fluyen ansias por doquiera; el candor fluctúa entre inevitables acometidas, sorpresas y desengaños, mezclándose frecuentemente el optimismo con el pesimismo y el mundo parece otro, siendo nosotros y no él quienes hemos cambiado.

Es entonces cuando la acertada formación de la juventud, de la vida anterior, recoge la más abundante y provechosa cosecha, cuando la práctica de las virtudes hace los prodigios más excelsos: la prudencia y la fortaleza llevan a mirar la vida como es, apartando cuidadosamente las espinas que se logre apartar, arrancando sin estrépito las que se hayan clavado, curando resignadamente las llagas recibidas y pensando en que con muchas o pocas heridas, con mayores o menores galardones, en medio de las alegrías más preciadas, lo verdaderamente consolador y digno de todos nuestros afanes y ensueños es el premio preparado para quienes han sabido ser fervorosos y leales Congregantes de Asociaciones tan gloriosas como la de la Anunciada, de que siempre ha sido orgullo la de Santiago de Compostela.

EFICIENCIA ACTUAL DE LA ANUNCIADA

Por ANTONIO ASOREY

Piedad, estudio, acción. Aunque no sea propiamente el lema de la Anunciada el general de la J. C. E., lo es al fin no sólo por estar en sus reglas contenido, sino también por estar la Anunciada dentro de ésta, honrándose con pertenecer al correspondiente organismo diocesano.

Por eso si alguna vez es necesario hacer una relación —aunque no sea más que en resumen—, de las actividades actuales de la Anunciada, si no se quiere incurrir en desorden, es forzoso hacerlo refiriéndose a una pauta previamente establecida.

Y en este caso ninguna mejor que seguir los lemas de la Juventud Católica Española: Piedad, Estudio, Acción. Todos ellos están atendidos en nuestra Congregación, siendo ésta la mejor garantía de la completa formación de los congregantes.

PIEDAD

De la existencia de los anhelos para formar una piedad sólida y varonil son prueba no sólo los actos generales de este carácter de la Congregación, como la Misa corporativa dominical, la Comunión general del primer domingo de cada mes y los ejercicios espirituales anuales, si no también los menos concurridos, representados por la Comunión sabatina —Sección favorita de todos los Directores de la Anunciada— o los Jueves Eucarísticos de los pequeños del primer grado de la Congregación; además de los retiros mensuales, Comunión de los primeros viernes, la asistencia de muchos congregantes a consumir turnos de vela al Santísimo el Jueves Santo en el Monumento de la Catedral, y por fin los ejercicios espirituales internos que se suelen celebrar en Carnaval y Semana Santa y cuya especial crónica se inserta en otro lugar.

ESTUDIO

Y si en el segundo punto del lema nos fijamos, no puede menos de hacerse referencia, ya que no a la instrucción general que durante la Misa del domingo pronuncia el P. Director de la Anunciada y en la cual, cuando no se explica el espíritu que informa las Congregaciones, se tocan puntos evangélicos o teológico-apologéticos; por lo menos se hará al Círculo de Estudios sociales, ante el cual desfilan las principales instituciones sociológicas, especialmente aquellas en las que hay que pensar para el porvenir; el de Apologética y Moral profesional, en el que se estudian, como su nombre indica, no sólo los fundamentos religiosos sino también las cuestiones espinosas

y difíciles muchas de ellas, con las que los congregantes se han de encontrar en el desempeño de sus futuras profesiones; la Academia de oratoria, en una de cuyas secciones, la improvisación en que tantos apuros pasamos; la biblioteca de dos mil volúmenes con su importante sección, especializada en Ciencias sociales y Apologéticas de que disfrutaban los congregantes; la suscripción a buenas revistas científicas; en fin, la misma publicación de ABRENTE, no sólo por el bien que causa a los lectores, sino también necesaria para adiestrar las plumas de los colaboradores. Esto por lo que se refiere a los mayores.

Fijándose en los aspirantes, hay que hacer referencia a la Academia de Declamación; al círculo de Apologética, dividido en dos grados según la edad, y en donde se cita y pulveriza a Darwin y a Renán y se habla de la evolución de las ideas de Harnack, sobre la autenticidad de los Evangelios, con un empaque y seguridad que a veces envidiamos los mayores; por último, al de Encíclicas, en el cual, después de haber estudiado la de Pío XI sobre la educación, se ha comenzado con la «*Rerum Novarum*», de León XIII.

ACCIÓN

En un rápido recorrido por las actividades de la Anunciada, habría que pararse en lo que se refiere al tercer postulado del lema que venimos analizando en la sección catequística, consistente en prestar ayuda en estas tareas a las cinco parroquias del extrarradio y en la cual están inscritos unos cincuenta, entre mayores y pequeños; en la sección de caridad, cuyo fin es visitar a los leprosos de San Lázaro una vez al mes y entretenerlos con música y golosinas; en la pareja sección de los aspirantes visitando a los asilados del Camino Nuevo; en las obras misionales pontificias, a las cuales pertenecen la mayor parte de los congregantes; en la fraternal ayuda prestada a los centros de Juventud Católica obrera; en fin, en la labor no como congregantes, pero si como fruto de la Congregación realizadas o en realización por algunos de éstos, en altos cargos dentro de la Juventud Católica; en el campo social y sindical, preparando propagandistas obreros de la doctrina social católica, para lo cual han hecho funcionar un ensayo de institución parecida al «*I. S. O.*» de Madrid.

Finalmente, fuera ya del lema, creo conveniente hacer una referencia a lo que significa la Anunciada en el campo puramente profano, hablando del cómodo Salón, con

—≡ LA GLORIA DE UN PASADO ≡—

Por JOSE SANTALÓ

Al evocar los tiempos felices —días de ensueño y esperanza—, de la juventud, los afanes universitarios, las primeras publicaciones en la prensa, los debates, tan fecundos para la formación espiritual, de la Academia Escolar y del Ateneo, reviven en mi alma los afectos de entonces y entre ellos, con destacada intensidad, el nunca extinguido a nuestra inolvidable Congregación de la Anunciada.

Es imposible ponderar los beneficios de que le somos deudores cuantos pertenecemos a ella; porque a parte el valor y mérito de la actuación inmediata, exaltado alguna vez por las punzadas malévolas de la contradicción, sólo Dios puede conocer y medir las secretas aportaciones que a través de los actos ordinarios o solemnes, de la Misa dominical con su sencilla plática, o de la velada magnífica con sus cataratas de tropos y de arpegios, de la visita a los pobres y a los encarcelados, o de la expedición *mitinesca* con sus apóstrofes valientes, penetraban en los corazones juveniles, y aun no alcanzando en todos a moldearlos y a imprimirles un sello definitivo, dejaban siempre, al menos, un germen llamado a producir más adelante nuevos brotes de análoga actividad, un sedimento, en fin, que nunca desaparece en absoluto.

Nobles energías latentes, dispuestas a manifestarse cuando sea preciso, fortaleza espiritual, criterio seguro en los órdenes que más interesan en la vida, constituyen ese *abstractum* que en mayor o menor grado se descubre siempre al penetrar en la psicología del que ha sido un buen congregante mariano. Es cierto que en algún caso esos elementos formativos de una espiritualidad robusta, permanecen ocultos y tal vez contradichos por la actitud de los interesados; pero aun entonces la virtud medicatriz del sedimento formado en la Congregación, la eficiencia de las juveniles plegarias, la antigua invocación, confiada y fer-

.....
sus mullidos divanes, en los que se descansa entre clase y clase y en los que se forman las regocijadas discusiones jamás coronadas por un acuerdo; de los juegos de agradable esparcimiento: Billar, ping-pon, parcheesi, dominó... con sus golpes secos y ligeros, monótonos y continuados, argentinos y águdos, fuertes y destemplados, encajados a la característica especial de cada juego y que son unas veces la sal, otras el tormento de horas que se van y que no vuelven...

vorosa, que nunca olvida la Madre de todos los congregantes, autorizan para esperar que el germen escondido se levante sobre la maleza que lo envuelve y florezca algún día.

¡Tiempos felices de la Congregación de Santiago! ¡Nombres ilustres y venerables de Doncel, de Garnica y de Arri!

Con este último compartí muy de cerca los anhelos de engrandecer nuestra piadosa institución, difundiendo sus actividades con amplitudes que no había alcanzado hasta entonces.

Muchos años después, al encontrarnos de nuevo con mutua alegría en la ciudad de su nacimiento, volvíamos con entusiasmo el pensamiento a nuestros tiempos de Congregación, a las visitas carcelarias, al mitin de Padrón, que reunió en el mismo lugar en que predicó el Apóstol a millares de personas, a las solemnidades académicas, a la fiesta magnífica de la Anunciada.

Y estas evocaciones eran un descanso y un consuelo para los dos: para uno entrañaban la contemplación de una obra predilecta de su fecundo apostolado; para otro, un oasis que libraba de momento al espíritu de preocupaciones y trabajos de máxima responsabilidad ante Dios y ante los hombres. Podíamos repetir con el poeta:

*¡Oh recuerdos y encantos y alegrías
de los pasados días!*



UNA ANÉCDOTA DE REYERO

Por JOSE MARTINEZ PEREIRO

Era en 1908 o 1909. Rodrigo Soriano, en una de sus campañas de propaganda, llegó a Santiago. Fué recibido por escaso número de amigos que lo acompañaron hasta el hotel donde se alojaba. Salió el líder republicano al balcón de su aposento, y... una pita formidable le recordó que estaba en Santiago.

Horas después se celebraba un mitin en el Teatro Principal. La sala estaba llena. Entre el público había no pocos congregantes. Hizo la presentación del orador un estudiante de Medicina, que si no estamos equivocados ocupa hoy destacado puesto municipal en determinada ciudad gallega. Se produjo el incipiente revolucionario en términos de gran crudeza para los católicos y atacó a los jóvenes de la Anunciada achacándoles la pita de la tarde.

Uno de los aludidos, retó al acusador a que demostrase la verdad de su aserto. No eran entonces frecuentes las interrupciones en actos de aquella naturaleza. Se produjo el alboroto que puede suponerse. Soriano llamó al orden al orador, y el acto pudo continuar sin que se repitiesen los ataques contra la religión.

Al siguiente día D. Elías Reyero, entonces director espiritual celosísimo de la Congre-

gación, llamó a «capítulo» a todos los que habían asistido al mitin laico. Y pronunció una filípica censurándolos por haber concurrido «a donde nada se les perdía». Su celo de apóstol mal encubría el entusiasmo que en su alma había despertado el gesto de los «alborotadores». Cuando llegó el turno a los Congregantes que estando presentes habían tolerado en silencio las injurias a su fe y a su Congregación, sus palabras fueron de severidad extraordinaria. Entonces sí que «pegó» de veras.

«Esas cobardías, decía después D. Elías Reyero a los decididos, son las que nos hacen retroceder cada día un paso en las posiciones que ocupamos. Así sólo vamos a la derrota más vergonzosa». Los fáciles augurios del inolvidable Director se han cumplido.

Pero en España se inicia una profunda reacción espiritual que arraiga especialmente en los jóvenes. A las Congregaciones incumbe ocupar por derecho propio un puesto en la vanguardia. Con ello no hacen sino seguir una tradición gloriosa. Tenemos el consuelo de saber que saben luchar virilmente en el lugar de honor que les corresponde. Son eficaces forjadores de la victoria que ya se vislumbra.

EN EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA FUNDACION

Por FELIPE GIL CASARES

Melancólicos recuerdos de la ya pasada juventud de este ex-congregante... Tranquilos y felices tiempos de nuestro paso por la Congregación. Ambiente de paz y optimismo, de respeto y de buena crianza, tan distinto del actual. Nosotros fuimos fuerzas de tranquila guarnición. Vosotros, los congregantes actuales, tenéis que ser legión de combatientes.

Porque, desengañémonos, todas las doctrinas de los corifeos del liberalismo sobre tolerancia, convivencia pacífica y respeto a las creencias ajenas, han fallado en España, como demuestra la experiencia de cada día. Las teorías políticas reinaban en nuestra época juvenil: un hombre, un voto. La práctica actual de gran parte de las gentes españolas de izquierda es esta: Un hombre, una pistola, y si puede ser una ametralladora, mejor. La sublimación de la violencia: he ahí a donde han venido a parar nuestros adversarios.

Librenos Dios de seguirles por este camino, opuesto a las doctrinas del cristianismo y a los postulados de la civilización, pero no olvidemos que ha pasado la época de las medias tintas. Alguien ha dicho con profunda verdad, que el problema se halla planteado hoy en estos términos: Roma o Moscú. Es decir, de un lado Cristo; del otro marxismo, judaísmo y masonería.

Amargos tiempos de guerra son los presentes en todo el mundo y singularmente en España. Avivemos nuestra fe, que en la lucha debe robustecerse más y más. Tengamos esperanza en el triunfo pensando que Dios no abandonará los suyos aunque en ocasiones, y para purificarlos, permita que padezcan. No perdamos jamás la caridad con nuestros enemigos: si ellos nos odian, nosotros debemos compadecerles.

¡Jóvenes Congregantes de la Anunciada: trabajad por la causa de Dios y de la Patria! El día de la victoria se acerca,

UNA VENTANITA, UN JARDIN Y UNA IGLESIA

Por S. BLANCO CICERÓN

En aquel tiempo, los horizontes de mi vida eran monótonos, reducidos y humildes: un patio tristón, una plazoleta con algunos árboles vetustos en torno de una fuente, un huerto sombreado por levantadas tapias, donde los añosos camelios ponían no sé qué gravedad melancólica y la claridad pensativa de las tardes rimaba bien con mis juegos solitarios, con mi dócil cordura, con aquellos tedios extraños, repentinos, de niño hipersensible, que se queda de pronto inmóvil, puestos los ojos en el pálido firmamento que recortan las altas casas, sintiendo inexplicables y dulcísimos deseos de llorar...

En el claustro de aquel patio esperaba, nerviosillo, las palmadas horribonas y el siniestro vozarrón de Lucas, el bedel, llamándonos a clase; en la plazuela, jugaba con mis pequeños camaradas a la *estornela* y a la *panda* — más por amistosa condescendencia que por ansias retozonas —, encaramábame, a veces, sobre el vasto pilón de la fuente para beber un sorbo de agua, y, en todos los momentos y bajo el signo, para mí invariable, de todas las estaciones, soñaba y amaba.

Amaba (¡oh, mi sacratísimo y celeste amor primero!) a una traviesa adolescente, a una niña casi, cuya dulce morada se erigía en aquella misma inolvidable plazoleta, frontera al Instituto. Nadie, ni mis amigos más fieles, sospechó jamás la realidad bendita de aquella temprana pasión, tan recatada, tan inmensa, tan fúlgida. Una especie de instintivo pudor, de recóndito orgullo, de agradecida lealtad a quien me hizo conocer la sublimidad gloriosa de emociones tan altas, ponía un sello en mis labios. Mi primo Jorge que cursaba las mismas asignaturas que yo y con quien compartía, algunas tardes, lleno de efusivo contento, la merienda y el retozo en el jardín de mi casa, la ignoraba también.

Ella, no; ella — aunque siempre la vi y la adoré a distancia, porque yo era entonces profundamente tímido — creía en mi *dulce mal*. No puedo decir que lo compartiese. Pero lo celaba inconscientemente, con ese divino instinto maternal que se aposenta hasta en el corazón menudo de las niñas, como a una criaturita débil... desvalida...; lo alentaba y enfervorizaba con miradas cariciosamente largas, desde las ventanas de su casa, en la iglesia, en el paseo. Porque los domingos, a prima tarde, acudía yo al paseo. Mi tío Osmundo, que en tales días acostumbraba a comer con nosotros, me

llevaba a la Alameda, en unión de mi hermano, para esparcir un poco el espíritu, escuchando al propio tiempo los novísimos pasacalles y conmovedores trozos de zarzuela antigua con que solía regalarnos la Banda del Hospicio.

Afable, conversador, cariñoso, se informaba de las lecciones que a la sazón estudiábamos, de las mil niñerías y minucias cotidianas de nuestra plácida vida familiar...

Iba a pasos lentos, el cigarro en la mano, arrebozado en su capa azul si el tiempo era frío, con su no estudiado y gallardísimo empaque de caballero español. En ocasiones, se detenía para saludar a algún grave señor que se cruzaba con nosotros en aquella avenida lateral, llamada de Méndez Núñez, lugar que, por su floja concurrencia y bullicio, prefería siempre. Y otra vez volvía a instruirnos y orientarnos, en muchas cosas de la vida, incógnita aún, con sabios y prudentísimos consejos. Después, entreverando diestramente lo útil con lo deleitoso, nos hablaba de las bellezas y novedades que atesoraba la Corte de España, de sus paseos, de sus teatros... Mi hermano y yo, cuyos recuerdos del mundo se contraían a las perspectivas familiares de la ciudad nativa y a la aldeíta risueña donde pasábamos los veranos, le oíamos con embeleso, galvanizados por aquella mudez, por aquella devoción, por aquel respeto dulcificado y trémulo que infunde en los niños lo maravilloso.

Cuando los músicos se apercebían a interpretar alguna partitura selecta, abandonábamos, con ligeros pies, el paseo de Méndez Núñez, para estacionarnos en aquel otro, más estrecho y muy alto, que domina el templete destinado a la Banda. Mi tío encendía rápidamente un nuevo cigarrillo; callaba mi hermano; yo, temeroso de que alguien, más sensible a las exquisitas melodías, pudiera arrebatarme con desfachatez aquel excelente lugar en primera fila, me asía con ambas manos al recio barandal, que cobraba para mí la sugestión y el encanto de la borda de un buque.

Allá lejos, en lo hondo, se apretujaban los hombres y mujeres que invadían el andén central. Por veces llegaban de allí, amortiguados por la distancia y por la música, alguna voz perdida, alguna risa fresquísimas y juvenil, apagada de pronto por aquel murmullo poderoso, infatigable, semejante al que produce el mar... Era una abigarrada sucesión de colores, una inquietud fatigosa, obsesionante, emborronada por la neblina

sutil de un polvo removido por millares de zapatos.

Yo seguía con los ojos, ansiosamente, el perenne ir y venir de aquella muchedumbre gárrula. Miraba con exaltada fe, con expectación que de tan viva se hacía dolorosa, desasosegado, casi desesperado por la turbia atmósfera que todo lo desdibujaba, por aquella irritante y velocísima sucesión de imágenes que se enmarañaban y superponían. Y, de súbito, temblando casi, ahogando un grito de amor, porque toda mi sangre, con su abrasadora dulzura, se me había agolpado al corazón, tenía que apoyarme, extenuado de felicidad, en la barandilla de hierro: era que había divisado unos bucles rubios, un divino vestidillo rosa... imposible de ser confundido con otros vestidos iguales. Mi buen tío y mi hermano, atentos al remilgado y declamatorio bracear del director de la Banda del Hospicio, nada advertían: pero yo estaba pálido: un suavísimo y delicioso mareo me arrancaba de allí, me mecía como sólo en sueños he sentido que me mecía mi madre, me elevaba...

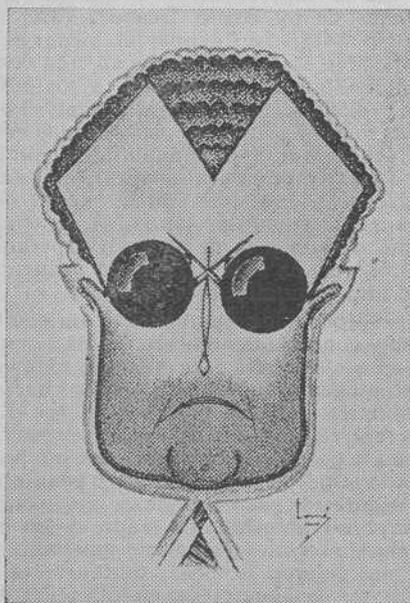
¡Sublime y celestial momento, que ha cancelado con creces todos los desencantos y amarguras que más tarde me deparó la Vida! Yo hubiera querido entonces eternizar aquel deliquio de amor. No moverme de allí. Quedarme sólo, sólo con las estrellas y con los árboles amigos, que gemían armoniosamente, sacudidos por la fresca brisa del anochecer. Pero alguien tocaba mi brazo, me decía: «Anda, vámonos... es tarde; cae mucho relente ya. ¿Qué miras allá abajo? Ya apenas queda gente en el paseo. Los músicos se han ido, y están apagando las luces...». Si; era forzoso partir. Y lo hacía sin violencia, con alegría casi. Yo sabía que al día siguiente, al salir de la clase de latín, volvería a ver a la hermosa niña que obsesionaba mis pensamientos.

Llegados aquellos minutos de delicioso asueto, me apartaba sigilosamente de mis compañeros. Y me detenía lejos, al socaire de un tronco, para mirar a una ventanita, casi siempre cerrada, tras de cuyos cristales se entreveía una faz risueña y un trajecillo claro. ¡Aquél vestido inolvidable y hogareño, de un desvaído azul, tan familiar a mi infancia, que puso en mis precoces ensueños no sé qué nostalgia, no sé qué presentimiento, desgarrador y dulcísimo, de inmensidad, de eternidad!... ¡Oh, mis doce años tímidos, apasionados, hambrientos de infinito, desvelados por suaves congostas oscuras, rebotantes de bondad, de amor!...

En aquella provinciana plazuela del Instituto he vivido horas intensísimas, radiantes, de una pureza absoluta, de una casta alegría embriagadora y profunda.

En las mañanitas de primavera, los chorros de la fuente parecían correr con más

impetuosidad, y había en el aire una maravillosa claridad fragante. ¡Cómo retozaba el sol en los vidrios tersos de las galerías! Un perro que cruzaba la plaza, un niño chiquitín que se encaminaba a la escuela, sugerían el deseo de acercarse, para halagar aquellas cabezas inocentes, afables, mirándoles con amical ternura en el fondo de los ojos... Hasta las aguadoras que llenaban sus sellas parecían más esbeltas, casi hermosas, y sus pobres ropas humildes, remozadas por la luz, eran como galas dominicales. Desde mi casa al Instituto manos



CANDIDO VARELA

Presidente actual de la Anunciada, visto por Tomé.

invisibles y ligeras me empujaban con el gozo saltarín de los chiquillos, y todo era limpio, bondadoso, alegre...

Fué en una de estas mañanitas fúlgidas —mucho tiempo antes de las escenas que he relatado— cuando me dirigí, por vez primera, al templo que separa la Universidad del Instituto. Mis padres, queriendo imbuir en mí una profunda religiosidad prometedora de dicha eterna, acababan de inscribirme en la Congregación de San Estanislao. Y penetré en la iglesia. Reinaba allí suavísimo silencio. Muchos bancos se hallaban aún vacíos. En el altar, circuida de sobrehumano resplandor, gloriosamente viva, indeciblemente hermosa, la Virgen María semejava llamarnos, esperarnos...

Iban llegando, cada vez en mayor número, los congregantes. De la sacristía bajaban otros también. Y todos se apelotonaban, se afanaban en torno de una mesa pequeña, con un lindo artefacto de madera, del que pendían, colgadas de innumerables clavitos dorados, las medallas. Pequeñín, acobardado, dejando que todos pasaran delante, yo alzaba mis ojos inocentones de niño hasta el padre Dermit, que vigilaba, con reidora indulgencia, aquel tumulto muchachil, posiblemente excesivo en tan solemne y pío lugar; y él, por señas, me decía que tomara también una de aquellas livianas medallitas, que la colgara, con su ancha cinta azul y blanca, de mi cuello. Después, calladito, encogido, deseando ocupar el menor espacio posible, me acomodaba en uno de los primeros bancos, reservados a los niños más pequeños. Las luces del altar, el olor de las flores y al incienso, las plácidas notas que del armonium una mano ligera, sin pasarse casi, empezaba a arrancar, me causaban suave y gratisimo mareo, que me obligaba a entrecerrar los párpados, semejante al que años más tarde había de experimentar frente a una niña candorosa y distante, pero más tranquilo, más dulce...

Volví todos los domingos. ¡Con qué unciosa y conmovida atención seguía el curso de la misa! Cuando se acercaba el momento de comulgar, enderezaba mis pasos hacia el presbiterio, doblada la cabeza sobre el pecho, entretejidas las manos sobre mi pequeño y palpitante corazón, que no había pecado aún. Allí en lo hondo y penumbroso, oscurecida entre los fieles que invadían la nave lateral, estaba mi madre; y sus ojos amantísimos me seguían, me guiaban... como me guiaron después, tantas veces, en horas de desaliento, de claudicación o de angustia... con ese amor inmenso de las madres que darían su sangre por evitar al hijo una sola amargura, una sola caída... Yo sentía sobre mí el calor bendito de aquella mirada amparadora, que era como un fulgor celeste. Y así, anonadado, casi trémulo, con esa fe radiante y humilde que sólo conocen los niños, recibía a Jesucristo...

Han pasado treinta años. De aquellas emociones purísimas, de aquellos éxtasis, de aquellos júbilos, sagrados y generosos... ¿qué se ha hecho?... Más de una vez, en mis nostálgicos retornos a la severa ciudad en que nací, heube de acercarme furtivamente a la plazoleta aquella, ansiando dialogar con los espectros queridos de mi niñez remota. Nada subsiste, a no ser los viejos árboles. En el lugar donde cantaba la fuente, álzase hogaño una estatua trivial. La casa que debiera ser eterna, la casa de la niña que yo quise tanto, vieja ya, fué restaurada y alin-

dada por nuevos propietarios; su fachada tiene ahora otra expresión, otro aspecto, y la ventanita a que ella solía asomarse ha desaparecido... ¡Hasta el patio donde yo repasaba, con febril desasosiego, mis lecciones, minutos antes de penetrar en el aula, sufrió grandes mudanzas también: ya no es aquel claustro abierto, hasta el cual llegaba anchamente la brisa loca de la primavera, cargada de turbadoras esencias!... Pero la vida sigue igual. Cuatro o cinco mozuelos, que acababan de salir de una clase de dibujo, jugaban aquella tarde a la *estornela*. Jugaban como suele hacerse en esa dichosa edad, poniendo en todas sus palabras y movimientos un entusiasmo ardoroso. Sobre el escalonado basamento de la estatua habían dejado sus cajas de compases, sus libros... Yo escuchaba, con una nostalgia punzante, sus carcajadas sanísimas, frescas, tan espontáneas como el fluir de un arroyo con sol; su charlotear atropellado y vehemente como el de los pájaros, y envidiaba aquella efusión de todas sus potencias, aquella santa desnudez de alma... ¡aquella alegría inimitable de la primavera del vivir, reveladora de una vitalidad desbordante!

Friolento y melancólico, amenazando agua, el tétrico crepúsculo de invierno se aproximaba ya. Me acerqué, movido por irresistible simpatía, a los pequeños escolares. Empeñados en reñida lucha y curiosidad por ver quien triunfaba a la postre, apenas advirtieron mi presencia. Los observé mejor... El que parecía más joven de todos —un chiquillo de carita pálida, con manos delicadas y finas como las de una mujer— se distraía con frecuencia, tardaba en intervenir, cual si el bullicioso deporte no le interesara; y al empuñar el palo, para lanzar lejos la pequeña pieza de madera, hacía sin aquella retozona alacridad que empurpuraba el rostro de sus compañeros. Cuando su turno en el juego no le reclamaba, venía a sentarse en el zócalo de piedra, y allí se quedaba mucho tiempo, ensimismado, con una absorta tristeza en las pupilas mansas, que se endurecían extrañamente sobre los muros fronterizos, o se alzaban, dulcificadas, como buscando el consuelo de invisibles y misteriosos horizontes...

Sonaban, lejos, querellosas campanas, y en el borde de un decrepito alero, unas hierbecillas mustias, sutilizadas y como ateridas en la moribunda claridad, adquirían una pureza indescriptible...

Cerró la noche. Los chiquillos se fueron... Y me sorprendí a mí mismo en la zona más oscura de la plaza, insensible a la lluvia que empezaba a caer, mirando tenazmente y con pavor las losas lóbregas, que eran, en aquella tristísima hora, grandes, alucinantes como losas de cementerio.

...Entonces, suspirando, me encaminé a la iglesia de la Compañía, que estaba solitaria y abierta. Y caí de rodillas, cruzando hasta casi hacerme daño las manos, mis manos apasionadas y elocuentes donde el temblor fantasmagórico de las penumbras suscitadas por la lámpara del presbiterio abrazábase a otro temblor convulso. ¡Buscaba mis plegarias de niño, mi santa credulidad de niño! ¡Era allí, en aquel mismo lugar cercano al púlpito del evangelio, donde me había arrodillado treinta años atrás, con mi medalla de congregante sobre el pecho, vigilado y como amparado por el mirar tembloroso de mi madre!

Pero mi madre ya no estaba cerca de mí. Ni mis compañeritos de entonces. Todo había muerto: la ingenuidad alegre, el confiado implorar, el deleitoso no temer... las horas de serena y dulce soledad, que los remordimientos y penas no enturbiaban aún. Temblaban, suplicantes, mis labios. Tenía la cabeza erguida y ladeada, como Cristo en la Cruz, los ojos angustiosamente abiertos... Y, de pronto, sobre el banco que esta-

taba delante, mi cuerpo de hombre se curvó, se dobló, sacudido por irreprimibles sollozos: una negrura cruel invadió mi alma: y apretaba en vano los párpados, porque de ellos rebosaban esas lágrimas lentas, limpiadas, que se esparcen y evaporan, dejando en la piel una aliviadora sensación de frescura... Pero mi aflicción no cedía. Volví los húmedos ojos a la imagen de la Virgen. Y ví que sonreía amorosamente, con tierna sonrisa de madre. De su frente bendita, de su corazón, de sus manos, brotaba a manera de una voz difusa y callada, tenue y misteriosa, que se derramó en mi alma, misericordiosamente:

—¿Piensas, en verdad, que todo ha muerto?... ¡Algo queda aún, pobre hijo mío! Queda el silencio persuasivo y consolador de este recinto que escuchó tantas veces tus plegarias ingenuas, esta maravillosa penumbra de olvido y de paz; ¡quedo yo, sobre todo; yo... que te espero, igual que entonces, con los brazos abiertos y el corazón lleno de amor!

Madrid, marzo de 1934.

CAMPUS-ESTELLAE

Por JACOBO J. REY PORTO

En el nombre del Padre que hizo de toda cosa,
con el ritmo lejano de la hispania juglar,
quiero tejer el lino virginal de la prosa
que en la rueca de ensueño hilará mi cantar.

El verso azul la noche vistió de peregrino
y guió por la senda florecida de estrellas.
El bordón hizo eco al rezar del camino
y el alma del misterio le contó sus querellas.

Eucología del mar... En su página leda,
puso antaño una barca el sigma de su halago;
y rutiló en rosarios de luz una arboleda,
al conjuro de fuego del Apóstol Sant-Yago.

Dijeron el milagro las fuentes abrasadas,
y hubo en los pinos fiesta de llamas y rumores.
El viento dijo al eco; el eco a las cañadas;
las cañadas al valle; el valle a los alcortes.

Romeros y guerreros. Troveros y juglares.
Orífices del ritmo. Sombras de la oración.
Peregrinos de hierro, de amor y de cantares:
En un sólo latido, un sólo corazón.

¡Cima del Pico-Sacro! Eterno centinela,
ante el Cofre de Plata de la leyenda alada.
A tus pies, en el valle de «orvallos»: ¡Compostela!
Y, en el cielo de conchas: ¡Una cruz encarnal

Después... La brisa nórdica preñada de herejías,
vertió hielos de olvido sobre las luminarias;
y una Luna escarlata de morismas impías,
segó en yermos de labios simientes de plegarias.

En la noche del tiempo se hizo lumbre un lucero.
Unos ojos captaron el prodigio estelar.
A su luz el Sepulcro del Apóstol guerrero
era un lampo de oro en el glauco encinar.

Desde entonces se abrieron a las rutas de Europa
senderos infinitos en la astral maravilla.
Clavijo fué la perla que rebasó la copa
y la morisma; rojo trigo de su gavilla.

VOLUNTAD VARONIL Y FÉRREA

Por JOSE M.^a GARCIA

Altísimos son los designios del Señor, nuestro Dios, que sabe sacar discípulos fieles de entre los herejes, doctores de entre los ignorantes, puros entre los lujuriosos, humildes entre los soberbios, desprendidos entre los avaros. El, cuando España paseaba por todo el orbe sus banderas y su Corte, centro del mundo, brindaba triunfos y ansias y anhelos de gloria y deseos de batallas y codicias de vadear ríos, pasar hambres y fatigas y luchar por



el Emperador para volver después, erguida la frente, con el orgullo de los trabajos vencidos y las victorias ganadas, trajo a Madrid un joven de noble cuna que entre tanta gloria humana, no curando del mundo —en la tumba los cadáveres del pobre y del rico sólo se diferencian en que tal vez apeste más el del segundo— pasó por aquella Corte fastuosa en que el noble derrochaba lujo y el puntilloso hidalgo se esforzaba en imitarle humilde con sus vestidos viejos y gastados y sus medias remendadas y un aire de pobreza tal, que como hidalgo derrotado le hubiese señalado la gente con el dedo, a no ser por lo distinguido de sus amistades, la

pompa de sus criados y el brillo sereno de su mirada, reflejo puro de un alma de candores y purezas filiales.

La conducta del marquesito de Castellón era un reproche mudo pero continuo para el fausto lujoso de la época y el mundo hizo de su padre un instrumento inconsciente para apartarle del sendero recto que emprendió en su niñez. ¿Qué diría la Emperatriz de aquel joven que no levantaba los ojos a mirarla, ni siquiera por la curiosidad de ver a la entonces señora de vastos dominios? ¿Qué dirían sus amigos de la conducta retraída del joven Gonzaga? Y ¿qué el vulgo y los demás cortesanos de sus vestidos viejos y sus remendadas medias? Y el marqués de Castellón se dijo para sí que jamás aprobaría aquellas rarezas de su hijo, que deshonoraban el esplendor de su casa y comenzó a reprocharle instantemente un día y otro día porque no llevaba joyas ni aderezos, ni colgando del cuello cadenas de pedrería vistosa.

Y el joven marquesito no cedía, y su resistencia mansa, pero continuada, y aquella pureza por la que jamás toleró palabra menos honesta en su presencia ni de burla ni en serio, y su varonil voluntad —nada hay que reprocharle— porque es más valiente el que no cae y más hombre quien más domina su carne y más la vence, y más la mortifica, y va por el angosto camino de la castidad apartándose de la expedita senda de los vicios, rindieron a su padre, que vió como a pesar suyo se le iba el alma en afanes de admiración por lo mismo que reprochaba, mientras en la Corte la figura del joven Gonzaga comenzó a aureolarse, y los contemporáneos, los que vivían en sus mismas circunstancias, los que incapaces de alcanzar su virtud reconocían su super-hombría en un homenaje claro, se repetían de unos a otros —débil disculpa— que el marquesito de Castellón no era de carne como los demás.

Y no era cierto. Era que a la carne del marquesito de Castellón la esclavizaba una voluntad que imponía sus decisiones, que obligó a que su cuerpo y su alma sirviesen únicamente a Dios con todo fervor, renunciando a casas y palacios, y poderíos, y posición brillante en el mundo, porque la vida en la tierra no es la verdadera vida y el hombre en el mundo es como jornalero que gana su salario, como soldado que lucha para reconquistar su patria, y las alas de su voluntad le llevaron a pedir un puesto en la Compañía de Jesús, bajo las banderas de

SEMANA SANTA

Por JOAQUIN FLORIT

Indudablemente, a excepción de un grupo escogido, la gran masa del pueblo —del pueblo de todas las edades y de todas las épocas— no es capaz de alcanzar la significación de las cosas, que, más o menos abstractas, tienen un sentido no material, no sensible. Por eso, los pueblos todos han buscado en sus religiones aquella parte sensible, aquella que ellos han podido materializar a su manera, hasta incorporarla al ritmo común de sus vidas.

Y el pueblo cristiano ha hecho esto mismo. Es indudable, que la gran mayoría de fieles católicos no conocen de la religión de Jesús, sino el aspecto fácil y asequible a sus imaginaciones, piadosas, pero generalmente poco profundas. Toda la parte filosófica y teológica, nervio vivo de nuestras creencias, ha escapado a la consideración de este pueblo sencillo; pero, en cambio, la parte humana, la que puede ser vista no ya con los ojos del alma sino casi con los del cuerpo, esa, la ha cogido y la ha vestido con las más ricas galas de su piedad y de su fantasía.

Por esto la Natividad de Jesús y su Pasión gloriosa son los dos grandes momentos del culto popular cristiano.

El pueblo ama lo que ve más cerca de sí mismo; lo que está más próximo a su propia vida. El pueblo tiende irresistiblemente no a lo que ilumina su inteligencia —ya está dicho, ideas abstractas, construcciones inmatriciales— sino a lo que hiere irresistiblemente su corazón. Cree porque ama, más que ama porque cree. En último término, la fe es amor...

Y este es el secreto del culto popular de la Semana Santa. El pueblo que trabaja incansablemente, que sufre y que llora tantas veces abatido por la desgracia, lleva dentro de su alma los días únicos de Semana San-

Cristo, y a conseguirlo contra los halagos del mundo, contra la oposición vencida al fin de su padre, llegando a ser grande en el cielo, ejemplo y norte en la tierra en un arranque de voluntariosa energía que para su gloria recordamos en nuestras Bodas de Oro y que hoy apenas se adivina a través de su rostro infantil y de la mirada transparente de sus ojos cándidos...

ta. Ama entonces más que nunca a ese Jesús que también sufre como él. Lo ve en esos días más cerca de sí, más humano; lo ve que siente como hombre la separación de unos y la traición de otros —no hay seguramente en toda la Pasión de Jesús un momento tan bello como la reunión amorosa del Cenáculo—; ve el pueblo, que ante la visión amarga de los días angustiosos desfallece, y entonces, le ama más, porque el pueblo humilde y creyente tiene cada día ante sus ojos un nuevo cáliz de amargura que en vano trata de rechazar y como sabe por dolorosa experiencia cuanto cuesta beberlo hasta el fin, mide, creyente, el inmenso dolor de Jesús ante el cáliz rebosante de las maldades de todos.

De los demás momentos ni siquiera el comentario. Desde que Jesús es llevado ante Pilatos hasta que muere en la cruz, el arte, la literatura, y sobre todo, la piedad sincera de todas las cosas, han dicho sobre estos instantes, sublimes cuanto puede decirse, cuanto puede decirse de un Dios, que siéndolo, sufrió como hombre.

Por eso, los días de Semana Santa traen a nuestras almas esta situación quizás extraña de fe y de tristeza, de piedad y de amor. Miramos a nosotros mismos y nos vemos otros, plenos de mística unción; miramos fuera y vemos a todo un pueblo, que vuelve una vez más a conmemorar la Gran Ingratitud; vemos un pueblo, que, si en el Nacimiento de Jesús cantaba su alegría en villancicos, hoy, en su muerte, llora su dolor en saetas.

Reposemos una vez más la mirada en la Semana Santa. Pensemos que, si no hoy ni ayer, otras veces en un lugar de nuestra España, al asomar a la puerta del templo la imagen bendita de Jesús con la cruz, todo un pueblo ha caído de rodillas en el silencio —oración muda— de una noche de primavera andaluza. Pensemos que era tradición en otra región española no sacar fuera del templo a la Madre de Dios hasta que el primer rayo de sol besara su frente de nardos. Pensemos en esto; consideremos que la Pasión de Jesús, si una vez ha servido para la redención del mundo, siempre es y será consuelo de todos los que creen y de todos los que aman...

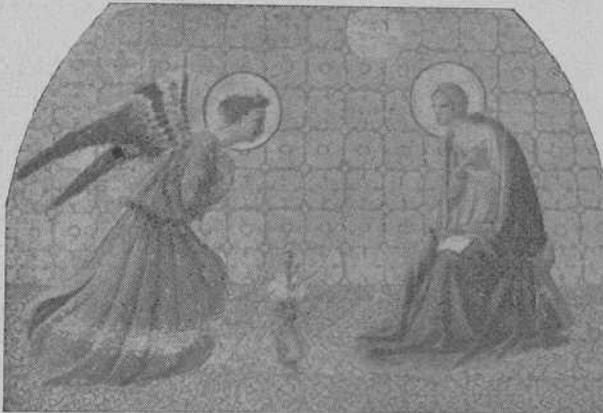
LA ANUNCIADA EN EL ARTE

Por J. ARMADA

Este tema, ha sido siempre uno de los preferidos por los artistas de todos los tiempos, ya por la belleza que encierra su composición, ya por la profundidad y grandeza de este misterio. En efecto, la Anunciación ha inspirado a numerosos pintores desde los primeros siglos de la Iglesia. En las catacumbas de Priscila —siglo II— se encontró una Anunciación, con el ángel, sin alas, y la Virgen que, al pie de una fuente, cogiendo agua con una vasija de barro, escucha al alto mensajero. En el siglo V se repitió el asunto: el ángel de pie, a la derecha y avanzando hacia la Virgen, que aparece sentada a la izquierda.

En las obras del siglo VI se representa a la Virgen a la derecha, de pie y frente al espectador, y al ángel a la izquierda, vuelto hacia ella.

Después de las impasibles y algo infantiles vírgenes bizantinas, aparecen, como primer rayo de un espléndido sol de gloria, las de la escuela Florentina: esplendor de la virtud divina, éxtasis sereno de un alma santa, son las vírgenes de Frá Angélico. «*Vestimentum candidum quasi nix et facius sicut sol*». Esmaltada visión celeste llena de luz, de gracia ingénua, de pureza...



En un luminoso vestíbulo de arquitectura lati-

na de la Edad Media, cuya bóveda está sostenida por esbeltas columnillas, y al fondo una puerta que da entrada a las habitaciones de la Virgen, por cuya ventana se ve un huerto. Nuestra Señora con una túnica de color rosa pálido y manto verde, sentada en pobre y humilde banquillo, recibe el mensaje que le trae el ángel hermoso, con alas doradas y túnica rosa, el cual, con las manos cruzadas sobre el pecho, se inclina respetuoso ante María. El nimbo que rodea ambas cabezas es dorado, doradas son también las franjas que rodean las vestiduras del celestial mensajero.

Por la manera de desarrollar el asunto, esta obra es eminentemente subjetiva, encarna el ideal del artista; suave unción se desprende de toda ella y revela el alma profundamente soñadora de Frá Angélico. Es idea-

lista. Tiene elevación mística. La forma sirve para revestir una idea, y ese motivo habla a la sensibilidad y por ella a la voluntad.

Representa a María en el momento de declararse «ecce ancilla». Para darle expresión de dulce anonadamiento recoge suavemente las líneas, ora en los brazos que cruza sobre el pecho, ora en la túnica modestamente plegada sobre su cuerpo, ora en la ligera inclinación de éste hacia el suelo. Para espiritualizar la figura se vale del recurso artístico de delinearla desproporcionadamente: es alta y delgadísima.

El ángel juega el segundo papel de la composición. Su expresión es de reverencia y admiración hacia su Señora. Después de atraer la atención a sí la dirige maquinalmente a la protagonista de la obra.



El artista envuelve en sombra la parte secundaria de la composición. Para ello esconde el sol entre el ramaje. Da un derroche de luz a la casita de María. La figura de la Virgen es la más iluminada: recibe la luz directamente y la envuelve en claridad, haciendo resaltar la blancura de su tez.

En cuanto al color, da al ángel uno más detallado y subido y a la Virgen uno más suave y con tonos más seguidos.

Es de admirar la diversidad de formas con que tantos genios han traspasado al lienzo la divina obra de la Encarnación del Verbo. Bellas producciones cuenta la pintura italiana: Esplendor de la belleza humana son las vírgenes de Lippi; más espirituales las Felippino; las de Chirlandajo reflejan gracia suave y belleza serena, que se transforma en espiritual y fascinadora en las del dulce y elegante Perugino.

Si de la escuela Florentina pasamos a la Veneciana, de colorido armó-

nico y maravillosa distribución de luz y sombra, encontramos las Anunciaciones de Carpaccio, cuyo carácter distintivo es la sensibilidad aristocrática y el buen gusto.

Veronés, el del maravilloso colorido de tonos plateados, el hombre de las grandes apoteosis y pintor de fastuosidades arquitectónicas, y solem-



nes pompas, el más brillante decorador de su tiempo, que gozaba en representar escenas de banquetes y grandes fiestas, también sintió el secreto influjo y la belleza suave del misterio de un Dios Humanado.

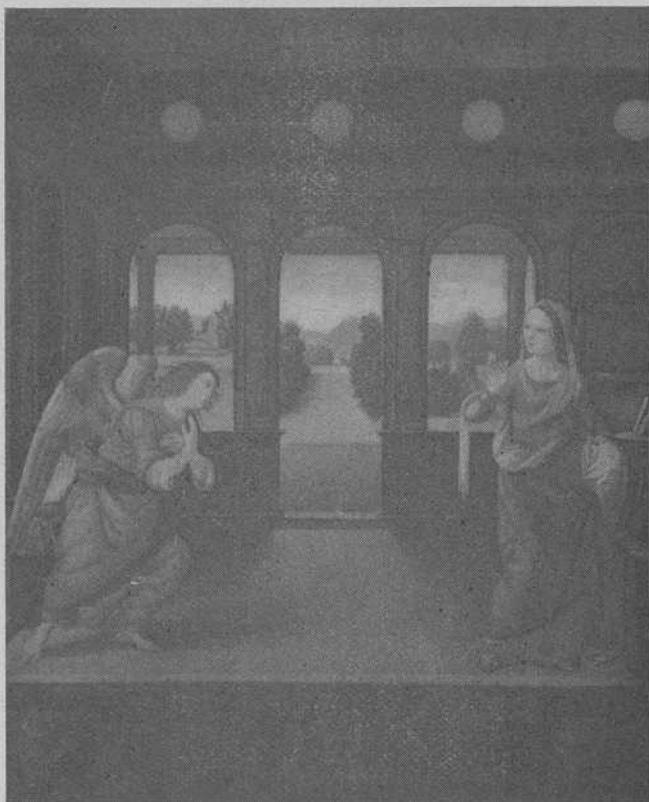
Interesante resulta estudiar este tema en los artistas de diferentes escuelas y naciones. Vamos a fijarnos en cuatro grandes pintores: Leonardo de Vinci, Lorenzo di Credi, Morgari y Murillo. Los primeros influidos por el arte italiano del siglo XV nos presentan delicadas doncellas en minucioso dibujo y amplios ropajes, que escuchan con naturalidad la salutación del ángel de cabellos rizados y alas multicolores.

La de Leonardo nos muestra los caracteres del autor que se complace en mostrar la estructura de cada objeto con todos sus detalles. La luz, diseminada por igual, impide dar más realce a las dos figuras que vemos con igual precisión que el florido suelo y el arbolado del fondo.

Lorenzo di Credi nos hace admirar la bella arquitectura de arcos y columnas que dejan ver el cielo y la tierra enlazándose armoniosamente, como si quisieran unirse al mismo tiempo que la Divinidad lo hace con el hombre.

Morgari hace una composición mucho más personal. La Virgen no es ya la espiritual Madonna italiana: es una mujer divinizada por el ambiente que la rodea; el ángel se diría un hermoso joven a no ser por las alas de que lo espiritualizan. El ambiente es más severo que el florentino: es el interior de una galería que deja ver el azul de un cielo sin nubes.

Dos siglos más tarde que Vinci y Credi el «pintor de la luz», nos hace vibrar al sentimiento de un estilo nuevo, delicadísimo. El arte de Murillo puro, sencillo, abierto a la sonrisa ¿dónde encontraría objeto más



adecuado que la Virgen? Por eso se complace en representarla una y mil veces pura y divina, graciosa y sencilla, amorosa como la mejor de las madres.

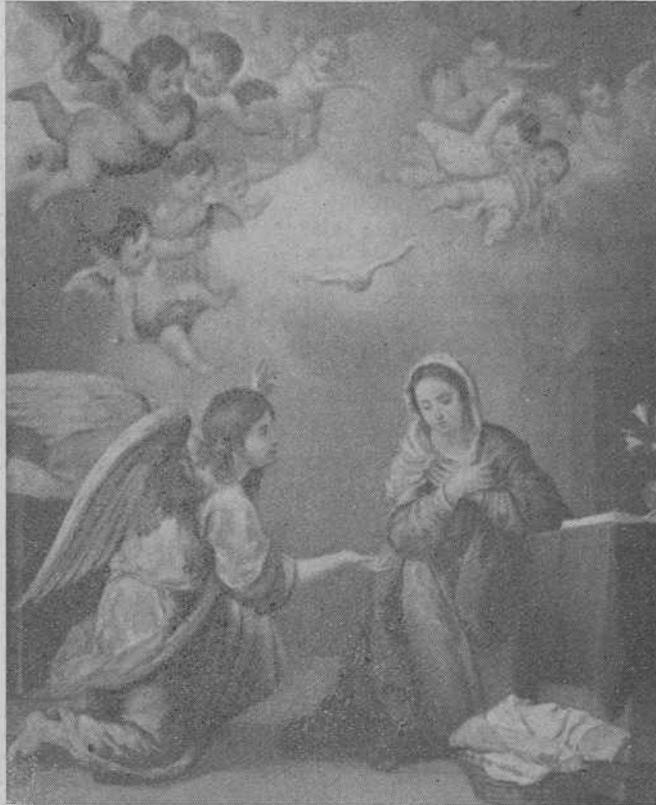
Sabe el artista disponer admirablemente sus asuntos, sabe rodearlos de una luz difusa con caldeaciones de oro e iluminar con colores tan naturales y tan acertados que nos hace dudar si son visiones celestiales sus cuadros religiosos. Sabe emocionar y elevar. ¿Quién no se siente atraído por esa doncella purísima que en humilde actitud escucha pensativa el mensaje celestial?

El angel es un dibujo perfecto de belleza admirable. El Espíritu Santo aparece en medio de uno de esos rompimientos de luz no conocidos por los anteriores.

Vinci, Credi y Morgari nos presentan paisaje y arquitectura. Murillo nos hechiza con su luz que llena el lienzo, en el que vemos los ángeles característicos del pintor sevillano. Son deliciosas figuras y admirables escorzos que nos muestran, junto con el suave colorido, la ternura y los sentimientos más puros y delicados. Sus Anunciaciones son modelos de armonía, de equilibrio y de paz. Poco numerosas, Inglaterra, Holanda y San Petersburgo poseen joyas de este tema del pintor sevillano. Nuestro Museo del Prado guarda dos. Preciosa es la que se conserva en el Hospital de Sevilla: La Virgen está arrodillada en oración ante un reclinatorio



de madera sobre el cual hay un libro abierto y queda admirada al aparecerse el ángel con el dedo índice de su mano derecha mostrándole al Espíritu Santo que descende iluminado por esplendores, mientras que en la izquierda lleva la vara de azucena, símbolo de pureza. En la parte superior, a uno y otro lado, sostenidos por nubes, ángeles niños y serafines. En una canastilla de mimbre que aparece en primer término hay paños blancos, tijeras y una almohadilla carmesí, sobre la que está prendida una tela blanca que tiene clavada la aguja con el hilo.



Murillo se valió de estos objetos materiales para expresar con mayor claridad

la virtud y laboriosidad de la Santísima Virgen, armonizándolos magistralmente con el Espíritu religioso de la obra, pudiendo afirmar que la figura del ángel es de las más selectas pinturas producidas por su inagotable ingenio.

Después de contemplar la gran obra del pintor español no podemos menos de exclamar con el poeta:

«Soñaba el artista que ya dibujaba
de Virgen y madre retrato acabado
siendo como Virgen de gracia dechado,
siendo como madre la que más amaba.

La pintaba humilde, la pintaba pura,
la pintaba bella, la pintaba hermosa,
la pintaba Virgen sublime y graciosa
espejo de amores, candor y dulzura.

Y el cuadro tenía pedazos de cielo,
girones de gloria, querubes de encanto;
toda la armonía de todo lo santo
toda la grandeza de un sublime anhelo

.....
Soñando en María pintaba pureza,
soñando en pureza María pintaba».

RIO DE ENCANTO

Por LUCIANO GARCIA

I

Es un río cristalino,
juguetón y cantarín,
que entretiene su camino
con armonías de trino
y fragancias de jardín.

Nació de un rayo solar:
creció a la luz de la luna
y las Sirenas del mar
le enseñaron a cantar,
mientras mecían su cuna.

A un beso del sol de estío
se elevó por el vacío,
grumo de luz y vapor:
fué copo de nieve en flor
y fué gota de rocío...

Posó en la montaña airosa.
Se hizo fuente... y tan hermosa,
que, al mirarse el sol en ella,
resplandece como estrella
en el seno de una diosa.

De aquella encantada fuente
sale, raudal trasparente,
y baja al valle sombrío,
con arranques de torrente
y pretensiones de río.

Al entrar en la ribera,
ecos de amores levanta:
le arrulla una primavera;
las aves le dicen... «¡canta!»:
le dice la flor... «¡espera!»

Pero él no puede esperar.
Parece que va de vuelo,
murmurando sin cesar...
«¡dejadme llegar al mar
que quiero volver al cielo!»

Y allá... en la calma aldeana
suena su grato murmullo,
como música lejana...
y es, por las noches arrullo
y es cantar, por la mañana.

Cuando el sol se alza en Oriente
prende su manto esplendente
y se asoma enamorada
a mirarse en su corriente
la gloria de la alborada.

Y en sus aguas tremulantes,
como en fantástica orgía
de colores y cambiantes,
se desgranán los diamantes
de la luz nueva del día.

Y en sus corrientes sonoras
y en sus remansos profundos
se reflejan a esas horas
soles, estrellas y auroras
de otros cielos y otros mundos.

II

Si, huyendo de la aridez
de mi temprana vejez,
vengo a sentarme a su orilla,
no sé porqué maravilla,
me siento niño otra vez.

Y creo escuchar cercana
la voz de madre o de hermana,
que temblando de cariño,
me hablan desde la ventana,
como me hablaban de niño.

A la evocación sedante
de estas gratas añoranzas
vuelvo a vivir un instante
juegos, amores y andanzas
de la juventud triunfante.

Yo no sé si ríe o llora;
pues parece su cantar
una casida de Anthar,
que busca a su reina mora
y ríe y llora a la par.

Pero, cuando se desata
en alegre catarata,
repican en su canción
las campanitas de clara
del mundo de la ilusión.

Y en sus márgenes amenas
flotan arrullos de amores
como coros de Sirenas,
que hacen soñar a las flores
y adormecerse a las penas.

Por tal encanto mecida
se aduerme el alma... y olvida
que es un pajarillo herido,
que el viento arrojó del nido
en la aurora de la vida...

¡Encantado Riachuelo,
hijo del mar y del cielo,
en mal día y en mal hora
te dejé, siguiendo el vuelo
de una quimera traidora!

Desde el día en que partí
no he vuelto encontrar jamás
la alegría, que perdí...
...¡Dejadme soñar aquí,
aunque no despierte más!



EL SENTIDO UNITARIO DEL PENSAMIENTO MEDIEVAL Y TOMISTA

Por CARLOS RUIZ DEL CASTILLO

Toda la Edad Media se caracteriza por un ansia profunda de unidad. La dispersión del pensamiento le es tan extraña como la de la energía vital. Y vida y pensamiento propenden a crear formas orgánicas, en las cuales toda aspiración y toda energía encuentra un lugar y adquiere un sentido. Según Gierke, la característica del pensamiento político medieval —y cosa análoga podría decirse del pensamiento filosófico— consiste en que toma su punto de partida en la idea de Unidad total, pero reconoce al mismo tiempo el valor de cada unidad parcial, comprendiendo en ella al individuo.

Este sentido de unidad se refleja en las construcciones integrales representadas por la sistematización de los conocimientos y por la jerarquización social. En las *Sumas* se manifiesta la ambición del pensamiento, ávido de coherencia y de anhelos trascendentales, y que asigna a la especulación una finalidad, articulada en la síntesis amplia de un sistema. Lo que los alemanes modernos denominan una «Weltanschauung», es decir, una concepción unitaria del mundo y de la vida, lo ha poseído la Edad Media como un patrimonio sin par. De modo parejo, la vida social se articula a través de nexos orgánicos: la Iglesia, el Concejo, la Universidad, la Cofradía, las Gildas y los Gremios, los bienes corporativos, la Monarquía y las Cortes encarnan las energías duraderas, depuran y consolidan los impulsos del individuo, y éste se encuentra a sí mismo, descubre lo que hay en él de permanente y lo que le une a los demás.

Es una Edad robusta y apasionada, como ninguna otra en la Historia. Cree y crea con toda el alma, y pone toda el alma en todas las empresas que acomete. Su fe sólo es comparable a su esperanza, y una y otra sólo son igualadas por el amor. «Precisamente —ha escrito Lansberg— la dignidad de la Iglesia medieval, fundada en la verdad de su revelación, consiste en que dentro de su organismo firme pueden fluir las fuerzas más movedizas, quedando excluido tan sólo lo que no brota del amor». Esto es lo herético, caracterizado por un signo negativo porque «se dirige en primer término contra una doctrina generalmente admitida». Y es que «la unidad cristiana de opinión, única dominante —continúa diciendo el filósofo—, no necesitaba estampar el signo de herejía en todos los movimientos espirituales contrarios por un acto especial de sus representantes autorizados, sino que lo conseguía

desde luego por su mera existencia y por su validez preponderante».

De la unidad moral se deriva la unidad social; de la comunidad de creencias brota el orden: en las conciencias, en las relaciones sociales. Es un orden espontáneo, cuya raíz es suprasensible, íntimamente religiosa. Es la religiosidad lo que impregna a la vida de sentido, lo que da consistencia a cualquier actividad fugaz. Todo se inserta en un sistema de fines infinitos, todo se prolonga en dimensión espiritual, nada muere, porque todo halla un eco eterno.

El primado de la vida espiritual ampara todas las actividades y limita todos los poderes terrenos. Se impone por su propia excelencia, por su objetiva superioridad, y siendo patrimonio de todas las almas, no daña ni excluye a ninguna. «En ninguna parte, en Europa —dice Guillermo Ferrero— existe hoy un escritor, un filósofo, un jurista, un historiador, un físico o un químico que esté en la situación que, antes de la revolución francesa, en los países católicos, estaba el teólogo; es decir, poder hablar en nombre de una autoridad que todos consideraban superior al Estado».



D. JESUS LOPEZ DE REGO, ex presidente de la Anunciada

La comunidad del género humano es, primordialmente, una comunidad de fe. Dimana de aquí la ilusión creadora, la voluntad de potencia espiritual que no se dirige contra nadie sino que profundiza en la naturaleza y extrae de ella los valores comunes. Nada hay comparable a esta fe, de la cual brotan la solidaridad de las almas y las obras de la civilización. Refiriéndose al tema ha podido decir Siegfried Behn: «La fe de toda Europa reunida no basta para levantar una capilla que posea la misma fuerza de plegaría que la de Saint-Chapelle. Y he aquí la razón: las obras de piedra que construyen los arquitectos tienen por destino servir de bien común a todos los hombres. Desde que llega a faltar la comunidad de fe, ya no son nada.

La Europa de nuestros días sólo cree en los negocios».

La obra inmensa de Sto. Tomás refleja este poderoso sentido de unidad espiritual y de interna coherencia que caracteriza la Edad Media. Tiene la armonía de una catedral gótica, cuya ingente masa pétreo parece cobrar agilidad y alientos al desplazarse en el haz de las columnas y en la esbeltez de las ojivas.

Santo Tomás, como la Escolástica en general, inquiere ávidamente todos los aspectos de los problemas que trata, y no hay objeto de reflexión que no se haya enjuiciado desde todos los puntos de vista. Al mismo

tiempo una probidad intelectual, que no es sino un reflejo del ansia de saber y del sentido total de la responsabilidad humana, satura toda la obra.

La jerarquía de los razonamientos se condensa y unifica en síntesis luminosas, elaboradas por la idea de finalidad, acuciadas por la sed de eterna verdad, por el saber enfilado siempre hacia el último «porqué».

No hay construcción más bella, más armoniosa y, por decirlo así, más complejamente sencilla que la de la jerarquía de la ley tomista: eterna, natural, positiva, con el penetrante análisis de estas reformas.

Tampoco aventaja en nitidez ninguna teoría a la expuesta por el Santo Doctor acerca del origen del poder, de las formas de gobierno, de la división de las dos potestades — la espiritual y la temporal — y del «poder indirecto» de la primera sobre la segunda, donde se encuentra la clave de la unidad de la sabiduría, radicante siempre sobre las acciones humanas, que, como el sujeto que las produce, expresan una unidad indivisible.

Frente a la monografía, a la tendencia ensayista y a los formalismos superficiales, frente a tanta frivolidad pretenciosa y decadente como hoy suplanta el nombre augusto de la Filosofía, el tomismo, considerado como un impulso siempre fresco y renaciente más que como un conjunto de proposiciones estratificadas, posee como nunca un valor de disciplina y de espíritu de sistema.

Coincidiendo con el Aniversario del fallecimiento del M. J. Sr. D. Antonio López Ferreiro -20 de marzo- nos envió nuestro buen amigo "Odaglas", un bien perfilado artículo, en que proponía un homenaje a la memoria, un poco olvidada, del ilustre historiógrafo. Al considerar nosotros sus méritos de sabio y sobre todo la íntima ligazón que le unía con la Anunciada, quisiéramos insertar dicho artículo, pero la falta material de espacio nos impidió complacer nuestros deseos y acceder a la justa pretensión del buen amigo "Odaglas"



D. CARLOS BARCIA GOYANES
Ex-presidente de la Anunciada.

LOS ESTUDIANTES

Por ALFREDO GOMEZ JAIME

*Mirad, son ellos: mente florida,
boca risueña, gesto arrogante,
juventud, gracia, testa encendida...
No hay en lo humano tan fértil vida
como la vida del estudiante.*

*¡Los estudiantes!
quien así exclama,
ve ante sus ojos como se inflama
el horizonte, con luz de gloria
y envuelto en hálitos primaverales,
escucha risas y ecos triunfales
como primicias de la victoria.*

*Haz de promesas, naciente día,
surtidor vivo de claridades;
fuerza, entusiasmo, loca alegría...
Los estudiantes son la ufanía
y la sonrisa de las ciudades.*

*Desde el implume, débil polluelo,
al águilucho de altivas galas,
los estudiantes, con firme anhelo,
quieren ser nautas del hondo cielo
al recio impulso de fuertes alas.*

*Oh! De otros tiempos temida tuna,
capas airosas, fieltros, espadas;
noches alegres, amor, fortuna,
y las canciones bajo la luna
interrumpidas por estocadas!*

*Su historia es bella: son siempre iguales,
así en países de bruma y frío
como en las tierras meridionales
bajo la llama del sol bravío.*

*Son entusiastas, son temerarios,
y ya estudiosos o bullangueros,
en su nobleza son legendarios
y altivos saben guardar sus fueros.*

*Veñ a los rubios hijos del Norte:
en apariencia graves y fríos,
cuán se enardecen con el deporte
en que despliegan triunfantes bríos.*

*Y aquellos otros, fieros, marciales,
en cuyos rostros de expresión fuerte,
hay cicatrices de cuchilladas,
besos de gloria que da la Muerte.*

*En toda raza y en todo clima
vencen obstáculos, la vida exaltan,
y son cual tumbos de los torrentes
que ante el estorbo brillan y saltan.*

*Mas, todo cambia: los estudiantes
hoy reflexionan,
tienen conciencia de su destino,
pues ven cual surgen interrogantes
hondos problemas en su camino.*

*Y aunque rebeldes quieren la lucha,
como proceden con noble intento,
vivas encienden sus alboradas
sobre las crisis del pensamiento.*

*Son el futuro,
su nombre encierra
el germen vivo de claros dones:
¡No importan razas: sobre la tierra
son la semilla,
son la esperanza de las naciones!*

*¡No importan razas,
no importa el nombre:
son la vanguardia, viven alerta;
trepan la escala del superhombre
y dirán algo que al mundo asombre
en el Mañana que ya despierta!*

ESTUDIANTE, AVE DE PASO...

Por RAMÓN F. FERNANDEZ

Elvira, bella y gentil, en todo el esplendor de sus quince primaveras, vió ante su balcón el alegre desfilarse de la estudiantina. Capas airosas, coronadas por el clásico tricordio del sopista. Sonido de guitarras y laúdes en un trémolo dulce e insinuante... Porque eso es para Elvira la tuna: Un rumor de locos cascabeles que se enredan en el terso cristal del ensueño.

Tenía este año la tuna un nuevo encanto para Elvira... Una noche en su reja, había sentido el vuelo encendido de una capa y sobre el vivo rubor de sus mejillas el cálido aleteo de una frase galante. La luna, muy blanca y muy redonda, con la gravedad silenciosa de una madre Abadesa, había salido al camino donde soñaban los luceros. Olía a nardos y claveles en la reja y florecía el ensueño en el búcaro trémulo de la noche... La capa del estudiante rozaba quedamente el silencio.

Ahora el estudiante que una noche soñara en la reja de Elvira, se marchaba en la tuna e iba a pasar bajo el arco de su balcón, la triste nostalgia de su despedida. Ya las primeras notas del bullanguero pasodoble prendían sus estrofas en el eco divino de la tarde. ¡Mariposas de luz aprisionadas, con un hilo de quimera, en el vaso rojo del corazón!

Rubor encendido en amor en las mejillas de Elvira. El temblor de una mirada que se clava en el arco de la ventana, y en el marco detiene su vuelo una capa. Sobre la capa se cuelga la esmeralda de un lazo, con la entreabierta flor de una sonrisa...

El lazo esmeralda cose la última esquina de la calle. Sobre él cae una flor y sobre la flor un beso.

De triunfo en triunfo caminaba la tuna. Sobre sus laureles inmarcitos caía el cielo de todos los pueblos de España, y siempre sonriéndole la opulenta matrona de la gloria.

Cada vez más lejanas llegábanle a Elvira las cartas. Y había un vivir de promesas aladas en sus rasgos. Y había un hablar dulce e insinuante en sus frases. Y cuajábase a veces en ellas el tenue vibrar de un suspiro.

¡Vivía sólo para ella el estudiante! Y ella, en el silencio sonoro de su soledad, vestía de oro su recuerdo. Sabía punto por punto los triunfos de la tuna y sentía como suyos los aplausos y alentaba con el loco reír de la esperanza.

De Barcelona le había venido la última carta, y como siempre le hablaba del éxito.

«Cuando entramos en el teatro —decía— temblores de luz ensayaban la magia cromática de sus resplandores en la sala. Había rojo de labios en los palcos y armonía chillona de risas y gaya reverberación de maquillajes espléndidos.

Cuando salimos al escenario fué unánime el aplauso que coronó nuestra presencia. Cuando ensayamos las primeras notas el silencio se hizo absoluto. Vivimos un momento de hondo recogimiento, envuelto sólo por el airon magnífico del arte. Ni una voz, ni un murmullo, ni un eco. La frase más queda, exponente de un cariño, o el sonido de cristal de un beso, serían, en el momento cuajado de arte, lo que una blasfemia intercalada en una oración...»

Se disolvió al fin la tuna y volvieron a sus casas los alegres estudiantes. Otra vez la reja de Elvira supo del leve rozar de una capa y en el rubor adorable de sus mejillas se estrellaron dulcemente las frases quedadas... La luna muy blanca y muy redonda, con la gravedad silenciosa de una madre Abadesa, salía al camino donde soñaban los luceros...

Con prestancias de galán, asomó mayo la gloria de su perfil soñador. Florecían los campos en un despertar jubiloso y perenne. El arpa lírica del viento tejía madrigales de amor a la tarde.

En la reja de Elvira se mustiaba un rosal. Lozano y fuerte había despertado al sentirse besado por un rayo de sol. El cuidado perenne de Elvira supo darle vida, cubriéndolo amorosamente cuando el rojo milagro del sol caía sobre él con fulgores de llama y pres-tándole la caricia del agua, cuando se doblaba su tallo en la infecunda aridez del estío.

Ahora la reja estaba muda. En el cofre del recuerdo se iba guardando el sonido de una risa y el vuelo encendido de una capa.

En una noche nació el abandono: Serio y grave había llegado el estudiante. Risotona y alegre —belleza y juventud— había llegado ella. Cruzaron las primeras palabras y el ceño sombrío del disgusto se interpuso entre ellos. ¡Se acercaba el fantasma angustioso del examen! Unos señores graves y serios bucearían en la complicada ecuación de los conocimientos escolares. ¡Curiosidad antipática y preguntona que pone un paréntesis de pesadumbre en la vida alegremente despreocupada del estudiante! Y era preciso preparar el examen y era preciso dejar las noches de la reja, porque cada momento perdido era un paso seguro hacia el fracaso.

UN AMABLE FILÓSOFO

Por JOSÉ FERNANDEZ ROFAST

Ha solido acontecer que quienes consagraron sus primicias a Themis, madre de las Horas, recibieran galardón de inmortalidad de la ojos verdes Palas Atena. Tal sucedió con el autor de los «Ensayos». El que haya posado los ojos errabundos en la hojosa selva fértil de sus volúmenes prietos y jugosos como panales del Himeto, habrá trabado con Miguel de Montaigne vínculo de amistad perenne. Y es que en su huerto cerrado dan su sombra azulada los plátanos de Academos y su perfume las rosas encendidas del jardín de Anacreonte, sin que falte la serena llamada del capillado ciprés incorruptible que nos recuerda cómo el filosofar es prepararse a morir. El saber y la gracia que se contraen en síntesis grávida de luz y humanidad, con el ritmo perfecto del friso de las Panateneas.

El último día de febrero de 1533 abrió Montaigne los ojos a la luz —risa y dulzura— del paisaje de Perigord. El padre que ha hecho las guerras de Italia y que trajo como el mejor botín la miel del Renacimiento en los labios, dispuso que su hijo recibiese enseñanza de la lengua latina no bien salió de los brazos de la nodriza. Nuestro humanista recibe así prevención de lengua ecuménica, que le aveza y acostumbra a aguzar los filos del análisis. Nuestro Gracían, flor del humanismo español ¿no la consideró acaso con el griego la mejor munición para ser milite al servicio de la Inteligencia? Montaigne marcha así con muy buen viático a cursar estudios al colegio de Guiena y a la Universidad de Tolosa donde se gradúa en leyes. Por las tierras latinas del «gay saber», suaves como el óleo, un mozo en el que apunta el humor de melancolía, mezcla cenizas con su vino nuevo.

Medio de fonte leporum

Surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angat...

Cuando poco después le veamos consejero en el Parlamento de Burdeos, comprenderemos cuánto pudo deber Montaigne a aquel medio refinado y selecto del que formó parte. Porque en el siglo XVI, por regla general, la sociedad verdaderamente culta no es la nobleza de espada, que aún afecta desprecio a las letras, sino más bien la nobleza de toga. Y es que las musas y las cárites gustan más que del estruendo del bronce sonoro, del refugio apacible de la veste civil.

Montaigne, que se liga en amistades exquisitas durante los dieciseis años que fué

magistrado, acaba por sentir la pesadumbre del cargo; y ansioso de sosiego, el año del Señor de 1571, a los treinta y ocho de su edad, víspera de las calendas de marzo, se recogió a su castillo «a reposar en el seno de las doctas vírgenes en medio de la seguridad y la calma». Allí, en la torre donde instala su biblioteca, hojea sin prisa y sin fatiga sus autores predilectos, historiadores, poetas, moralistas. Así nuestra imaginación se complace en representar a Montaigne: en su librería, leyendo y anotando, con el gesto sereno de Erasmo en el cuadro de Holbein. Por la ventana y en el azul del cielo, pasan graves, redondas y lentas unas nubes blancas.

En estos ocios estudiosos y en el recatado sosiego de su cámara, en diario coloquio con la antigüedad griega y latina, Montaigne nos hace el rico presente de sus Ensayos «sustraído a la comunidad conyugal, filial y civil». Apresurémonos a consignar que Montaigne no es un misántropo; gusta del comercio de los hombres hábiles y honrados, mantiene buen trato de vecindad con los moradores de las villas próximas y acoge con solicitud a los huéspedes de calidad que con él quieren compartir el pan y la sal, dones de la vieja, clásica hospitalidad. Pero según avance el tiempo y la enfermedad le hiera con diente implacable, más gustará de su dulce retiro, entregado a lo que él llamaba sus fantasías e imaginaciones.

Ahora bien ¿qué son los Ensayos? El libro de los Ensayos es multiforme y vario como Proteo, que si nos cautiva por la maciza solidez de su doctrina y lo equilibrado del pensamiento, también nos lleva tras de sí por la magia y el encanto de su estilo. ¿No dijo acaso San Agustín que las palabras son vasos preciosos y exquisitos? Montaigne busca una finalidad a sus estudios y, maduro de juicio, sintiendo brotar la reflexión al calor de sus lecturas favoritas, va trazando pequeños cuadros medidos con rigor y parvedad de contenido, en que la fantasía todavía no juega. Los «Ensayos» de la primera época son balbucientes y débiles, con torpe candidez de infante. Después el maestro de Lucilio, por quien siempre ha de sentir veneración, le dicta páginas en las que se respira el soplo ardiente e impetuoso de las virtudes heroicas. Por estas páginas, el siglo XVI que es tan estoico como renacentista, y aun quizá por eso mismo, hace suyo a Montaigne y le dedica elogios que mide y tasa con avara mano el sapientísimo Justo Lipsio. ¿Pero acaso es nuestro autor

estoico? Indudablemente, no; el estoicismo por mucho que le entusiasme, no le conviene. La doctrina del Pórtico requiere el apoyo y el servicio de una voluntad que el estoico acrece a expensas del sentimiento y Montaigne es equilibrado por temperamento y educación. No olvidemos que una balanza en el fiel fué su divisa. El manifestarse admirador de la doctrina estoica lo hace un poco de buena fe, prendida su afición al entusiasmo que en él despiertan los hermosos y elevados pensamientos de Séneca, y otro poco por rendir tributo al espíritu del tiempo que gustaba del estoicismo como del mejor ornamento de las letras. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Montaigne no tarda en desprenderse del molde rígido de los amigos de Séneca, para adoptar opiniones más suaves y humanas. Como de la mano, por los caminos de la prudencia, le conduce Plutarco, cuya moral blanda, familiar e insinuante, llega hasta sacar partido de nuestras propias flaquezas, sin aspirar a ideales inasequibles.

La influencia del autor griego transforma la fisonomía de los Ensayos que van adquiriendo personalidad y relieve propios. Pero Montaigne es «espíritu ondeante y diverso» como él mismo dice de sí, y por eso no nos sorprende cuando le veamos sufrir una nueva crisis, ahora escéptica, que cristaliza en su «Apología de Raimundo Sabunde». La lectura de Sexto Empírico y de nuestro Francisco Sánchez y el influjo de ambos, le hacen vacilar en sus opiniones, le muestran lo relativo de nuestro conocimiento, lo débil de nuestra razón; y este grano de duda en todo lo que no es dogma religioso, le hará examinar sus opiniones más minuciosamente antes de adoptarlas o rechazarlas. Su escepticismo no es, pues, sino quintaesencia de cordura que acaba por robustecer la fe de nuestro amigo en su propio juicio, depurado en el contraste.

Pero he aquí que un buen día releendo acaso su Horacio, Montaigne se descubre a sí mismo en el poeta latino. Si en sus lecturas persigue el módulo humano ¿no podía estudiarlo en sí tan bien o mejor que en sus libros? Si la vida humana, varia y diversa, es el objeto preferente de su meditación ¿en dónde hallar datos más ciertos para su estudio que en la propia experiencia? El «Yo» que permanecía oculto y palpitante como la sangre represada en la vena, surge ahora intacto, maduro y pujante como Parthenos de la cabeza de Zeus. Desde aquí comienza lo original de los Ensayos, originalidad sin par y sin ejemplo «prolem sine matre creatam». El amado filósofo se va anotando a sí propio día por día; nos cuenta sus reflexiones, sus meditaciones y costumbres a fin de suministrarnos un más entero y cabal conocimiento de sí. Por eso nos

dice en el delicioso prefacio de su obra que él mismo es la materia de su libro, en el que nos lega retrato, testamento y recuerdo. Sí, pero Montaigne consigue algo más; henchido de la moral antigua de la que hizo una asimilación perfecta, al trazar su propia efigie, describió al hombre en general y su peculiar psicología, que fué el tema cardinal de la literatura de tiempos del Rey Sol. El siglo de éste hizo de los «Ensayos» su breviario; el breviario de los hombres honrados, de que Montaigne, lleno de ponderación y mesura, es el arquetipo.

¿Fué nuestro moralista creyente? A pesar de su escepticismo que adoptó tan sólo por razón de método, como más adelante habían de hacer Bacon y Descartes; no obstante su frecuentación y estudios de los sistemas de moral pagana, y pese al resentimiento de la conciencia religiosa de su tiempo, Montaigne mantuvo incontaminado el límpido diamante de su fe.

Es el trece de septiembre de 1592. En un aposento de su castillo adolece Montaigne. Como hay pocas esperanzas de vida el hidalgo ordena que sean llamados algunos gentileshombres, sus vecinos, para despedirse de ellos. «Presentes que fueron, dice Esteban Pasquier, ordenaron decir la misa en la cámara, y como el sacerdote llegara a la elevación del Corpus Domini, este pobre caballero se lanzó lo menos mal que pudo de su lecho, con las manos juntas, y hallándose en este último acto de fe, rindió a Dios su espíritu...»

Fuera ya no quiebra el silencio el trinar de la golondrina viajera, y de los altos ámbros donde ya aparecen matizados los bellos oros del otoño, comienzan a desprenderse las hojas que el viento se lleva con un sordo rumor. Tornarán con la primavera hojas verdes y golondrinas, pero ya no serán las mismas: el tiempo inexorable habrá dejado, sutilmente marcada, la huella de su paso. Tal es la Vida: sucesión, tránsito y cambio. La clara continuidad imperecedera es sólo del Pensamiento. Vida y Pensamiento se aunan armónicamente en el más humano de los filósofos franceses, Miguel Eyquem, señor de Montaigne.

Con motivo de la fiesta de la Anunciada -25 de marzo- se celebró en San Agustín una adoración nocturna, ante el altar de la imagen. Asistimos a ella unos cuarenta congregantes y pronunció la plática preparatoria el P. Galiño, con la mágica elocuencia que le caracteriza.

HACIA UN NUEVO TEATRO

Por FERNANDEZ MOSQUERA

A José María Pemán le corresponde el haber iniciado la gran Cruzada en pro de la regeneración de nuestro teatro. Explotado por autores de dudoso talento, dedicado a un público íg्नaro, ávido únicamente del atrevimiento de frase y de concepto, sin vibración alguna de espiritualidad, impregnado en un sentimentalismo enfermizo y decadente, estaba sólo constituido por una serie de farsas absurdas, incongruentes, sin pizca de arte ni átomo de buen gusto.

Porque los autores, lejos de estampar en sus producciones el sello de su misión educativa, se dejaban llevar por la corriente imperante. La taquilla, —reflejo exacto del gusto del público— imponía su ciega y absurda tiranía. Cuanto más se halagaban las pasiones del público, más se llenaba la taquilla y mayor negocio representaba para autor y empresario. Por eso «El Divino Impaciente» representa una reacción del espíritu. Es una salida aventurada y gallarda hacia el campo verdadero del arte. Una obra impregnada de un valor altamente espiritualista que, al vestirse con acentos de recia humanidad, se diviniza. El espectador, lejos de sentir el agudo latigazo de las pasiones, se siente elevar dulcemente, en un éxtasis de acendrado misticismo.

Y no es sólo el acento místico lo que impera en la obra. Hay un sello de inquietud racial fuertemente marcado. La figura maravillosa de Francisco Javier, no es la del místico ruso o el místico italiano, sensitivo y dulzón, con un misticismo de suaves contemplaciones líricas. Es el místico español, recio y duro como el cilicio que cubre su cuerpo y como el látigo que azota sus carnes. «Como tendían los místicos españoles a la contemplación y al ascetismo —dice Felipe Sassone— su sentimiento era tan poco humano, mejor dicho tan sobrehumano, que, salvo algunos momentos de Fray Luis de León o de Santa Teresa de Jesús, dejaban muy poca huella en el sensorio por la supresión del proceso fisiológico». Hay en todos los místicos españoles la rudeza un

poco primitiva de la lengua castellana, «más propensa a la hojarasca retórica o a la hinchazón de la hipérbole que a la suavidad emotiva del claro oscuro».

Medularmente español es el Francisco Javier de Pemán. Vive pendiente de su hambre insaciable de conquista, de su sed inextinguible de infinito. Era la suya una época de dominación y de conquista. Recorrian



D. JULIAN PEREZ ESTESO
ex presidente de la Congregación

los estandartes de España todas las rutas del mundo, en perenne sucesión de victorias, ancheando siempre las fronteras de la patria. Palpita también Javier con ese impulso, ávido de ensanchar las fronteras del cristianismo. Es español —profundamente español— en su gesto, en su inquietud, en la impaciencia nunca saciada de seguir adelante, hacia el completo logro de su ideal.

Es, como todo español, un poco orgulloso —perdóneme el lector la paradoja— de su propia humildad. Hay un pasaje en la obra que determina claramente esta afirmación: Cuando entra en el Japón, tropas niponas rodean su choza con ánimo de acabar —al acabar con el santo— con la nueva doctrina. Espera firme y confiado el martirio preparando el tránsito con el consuelo de la oración. Cuando menos lo espera, tropas portuguesas acuden en su socorro. Se rinden sin combate los nipones porque tienen los portugueses en sus manos los mercados de sedas. No satisface la rendición a Javier. El quisiera que sólo se rindiesen ante la sublimidad de su doctrina: Manda envainar las espadas y con la cruz en alto, atraviesa, en un gesto de suprema majestad, entre las falanjes niponas, que electrizadas se posternan, mientras exclama, dirigiéndose al capitán portugués:

Y tú, al volver a Occidente
cuenta que has visto, a la luz
clara y lejana de Oriente,
doblar a un pueblo la frente
sin más armas que la cruz.

Sólo esto bastaría para retratar de cuerpo entero el temple de alma de Francisco Javier, magníficamente recogido en «El Divino Impaciente». Sólo esto bastaría para alcanzar el éxito clamoroso que alcanzó la obra Pero hay además otros factores que la avaloran grandemente: Una expresión literaria cuidada y elegante; atildada y al mismo tiempo sencilla. No es el verso duro, como arista de roca, privativo de nuestra moda, sino que es al contrario de una flexibilidad

admirable. Es un arroyo cristalino que ofrece tesoros de luz y de armonía, al reflejar en sus aguas los cambiantes del sol. Si algo de acción le falta —no puede pedirse más a la especial característica de la obra— ni se hace necesaria ni se nota su falta. Quizás lo más perfecto de toda la obra es el prólogo, que es precisamente lo que más carece de acción dramática. Es tan acabada la pintura de los personajes, tan altamente sugestiva la belleza literaria, que no deja un hueco para encajar la acción.

El éxito de Pemán quizás obligue a muchos autores —desgraciadamente desencarriados de la verdadera senda del arte— a pulir y a afinar la literatura de sus obras. A huir del «vodevil» absurdo o de la opereta burlesca, para emprender la gran cruzada de depurar el gusto de nuestro público.

La literatura es el pueblo. Refleja la exacta medida de la realidad. Para que un pueblo sepa sentir las emociones del espíritu, es preciso que la literatura se nutra de factores espirituales. Pero no sólo tampoco de espíritu, porque una literatura así particularista resultaría un poco convencional y artificiosa. Que sea carne y espíritu a la vez,

FALLECIMIENTO SENTIDO

En el momento de cerrar la edición nos enteramos del fallecimiento de nuestro compañero José Limia Ramírez.

A sus familiares, especialmente a su madre y su tío, expresa ABRENTE la sincera expresión de su condolencia.

Descanse en paz.

JOYERIA MALDE

LA CORUÑA

Fundada en 1898

Comunica la apertura de su nueva casa en

SANTIAGO DE COMPOSTELA

provisionalmente en la Rua del Villar, 58 (antigua Casa Bacariza), con IMPORTANTES TALLERES DE JOYERIA Y PLATERIA.

Las Bodas de Oro de la Anunciada

LOS ACTOS RELIGIOSOS DEL DÍA 11 SE CELEBRARON
CON EXTRAORDINARIA BRILLANTEZ

Quiere honrarse hoy ABRENTE insertando en sus páginas una reseña, aunque breve, de las fiestas religiosas con que el pasado domingo, 11 de marzo, celebró la Anunciada sus solemnes Bodas de Oro. Y al hacerse eco de algo que le es tan íntimo, quiere ABRENTE enviar una cordial felicitación a los organizadores, no ya por el éxito extraordinario alcanzado, sino por la organización misma: Caba celebrar las Bodas de Oro entre ruidos y fiestas exteriores, y cabía recogerse al interior para sentir la fiesta como una fiesta de familia, llena de calor, de afecto y de espiritualidad. Se ha preferido lo segundo, y este ha sido el mayor de los aciertos que ABRENTE quiere destacar primordialmente. Una fiesta de esta clase tenía que celebrarse como se celebró y no de otro modo; bien parece que conocieron el corazón de la Anunciada los que para honrarla celebraron un verdadero día eucarístico, y al honrar al Hijo en el Sacramento del amor, dieron a la Madre el mayor consuelo, la mayor alegría, y al mismo tiempo la mayor honra.

Como colofón de los festejos celebrados con motivo de nuestras Bodas de Oro, se celebró el día 23 una velada artístico-literaria, dedicada a ensalzar la Pasión de Jesús. Cerróse con ella, al mismo tiempo que las Bodas de Oro, el XIX centenario de la Redención universal.

Un sello de sugestiva novedad distinguió a esta velada. Fué algo nuevo, que rebasó los límites rutinariamente acotados para esta clase de actos. No hubo la frialdad hierática de todas las solemnidades de esta índole, siempre delineadas en el molde de un fetichismo ya de viejo consagrado. Hubo arte y literatura y hubo, ante todo y sobre todo, calor vivo de emoción erc.ñdida. Escogido, fino, selecto fué el programa, como exigía la tradición nunca interrumpida de la Anunciada y como exigía el público santiagués, siempre culto, amable, acogedor...

A todos, organizadores y cooperadores de nuestras fiestas, envía ABRENTE la más cordial enhorabuena.

La comunión de la mañana.—A las nueve de la mañana se celebró en San Agustín la misa de Comunión.

La amplia nave de la iglesia lucía como en las grandes solemnidades, llena de luz, y llena, sobre todo, de ese ambiente especial de los días grandes. A la derecha el altar de la Anunciada, denunciando las huellas de suaves manos femeninas, rico de luces y de flores, atraía las miradas de todos. En el cálido ambiente se diría que flotaban aún los afectos despertados por los Ejercicios Espirituales, rematados la tarde anterior.

Pero lo más saliente era la concurrencia: la iglesia estaba atestada de hombres; de antiguos congregantes con canas en la cabeza y la medalla en el pecho —que en su sonrisa se diría que revivían días quizás ya remotos—, de congregantes actuales —orgullosos de verse entre «sus mayores»—, de amigos y simpatizantes de todas clases. En la parte posterior, sentados en sillones rojos, llenaban la presidencia —rodeando al actual presidente D. Cándido Varela de Limia— los expresidentes de la Anunciada don Jesús López de Rego, D. Julián Pérez Esteso, D. Lino González del Blanco y don Jorge de la Riva, con los que también fueron miembros de la Directiva en los días de la fundación de la Anunciada D. Plácido Velón Valladares, D. Lorenzo López de Rego y D. Francisco Gamallo Paz. En el altar el Provisor y Gobernador

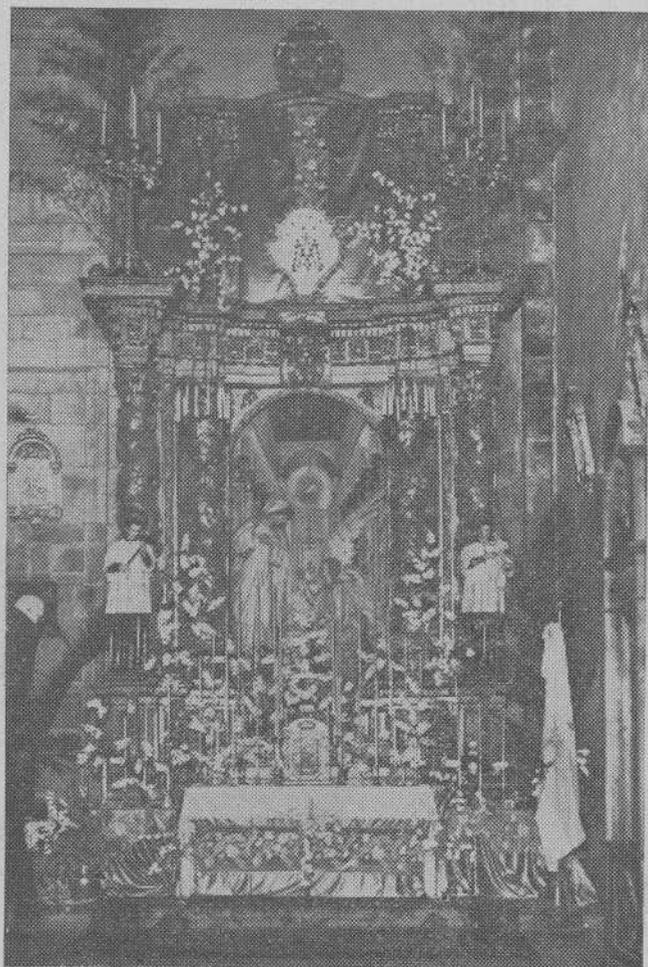


Al conmemorar nuestras Bodas de Oro nos complacemos en traer a nuestra publicación la figura, amablemente simpática, de nuestro «decano» Luis Daviña Asorey.

General de la Archidiócesis D. Eulalio Iriberry, y arrodillados en las gradas —ayudantes del Santo Sacrificio— un expresidente y un exsecretario de la Anunciada, dos actuales diputados a Cortes, dos caballeros cristianos que saben cual es el mejor puesto para las grandezas de la tierra, D. Felipe Gil Casares y D. Eugenio Vázquez Gundín.

rios». La fervorosa alocución fué la mejor preparación para los que se iban a acercar a la Sagrada Mesa.

Imposible explicar lo que todos sentimos en aquella Comunión, viendo llegarse a la Mesa Sagrada al ancianito ciego, al hombre maduro, al joven lleno de vigor, al todavía adolescente, todos con la medalla de la



En la cátedra sagrada el R. P. Joaquín Cepa, reorganizador y antiguo Director de la Anunciada. Unas palabras paternas y afectuosas para sus antiguos congregantes y luego unas sabias y oportunas consideraciones sobre el Misterio del Altar —cuyo XIX Centenario celebramos—, para terminar con una elocuente exhortación a la oración mutua, por los presentes, por los ausentes forzosos, por los ausentes «volunta-

Anunciada sobre el pecho, todos unos y los mismos en la comunión del mismo Pan. Si las Bodas de Oro se celebraban para hacernos sentir la continuidad de la Congregación, en ningún momento del día sentimos con más verdad que los de ayer y los de hoy y los de mañana somos una misma cosa, hijos de una misma Madre y miembros de una misma familia.

Durante la comunión, un grupo de con-

gregantes —Eugenio Bermúdez de Castro, Julio Guerra Asorey, Luis Conde Fernández, Angel y José Ron Vilas, Arturo Pérez Moreiras, Ramón Vázquez Casal, José María López Ramón, José Manuel y Carlos Adrán— cantó afinadamente y a varias voces escogidos motetes eucarísticos.

Terminada la misa de Comunión, la plaza de San Agustín era insuficiente para contener la alegría de tanta juventud. En regocijados grupos se trasladó toda la concurrencia al Seminario para obtener algunas fotografías, recuerdo de la fiesta. El tiempo nos negó el placer de conseguirlo. Y es que el mejor recuerdo de estas fiestas no queda sobre los papeles, sino dentro de los corazones.

La fiesta de la tarde.— Si brillante fué la fiesta de la mañana, no menos brillante fué la fiesta eucarística de la tarde. Más gente aun, aun más esplendidez en el estupendo adorno de la iglesia: la misma Presidencia, a la que se habían incorporado los señores Gil Casares y Vázquez Gundín.

Expuesta S. D. M. por el R. P. Manuel Galíno, que había dado los Ejercicios a los congregantes, y rezado el Santo Rosario, ocupó el púlpito el Rector del Seminario D. Manuel Capón.

Quisiéramos dar siquiera un reflejo de la elocuentísima oración del Sr. Capón, pero no nos lo permite la obligada brevedad de la reseña. He aquí un resumen:

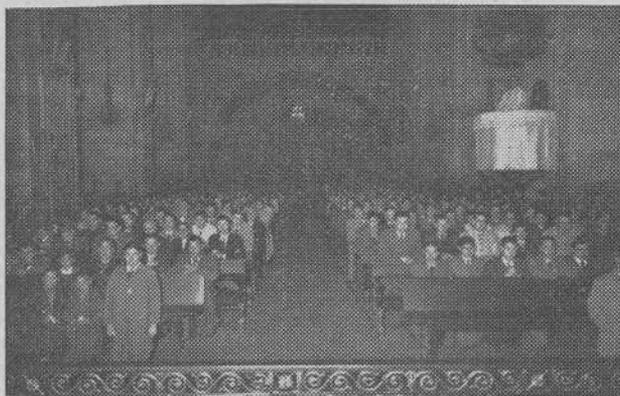
«Un acierto fué sin duda ninguna y muy grande, la fundación de las Congregaciones, pues tres peligros acechaban y acechan a la juventud. El peligro del entendimiento, que amenaza a la fe: el del corazón, que amenaza con la sensualidad a la voluntad, y el que en los tiempos modernos hemos concretado en esa palabra: «la revolución». A los tres se acude proponiendo a la juventud dos modelos: Uno San Luis Gonzaga, otro la Santísima Virgen, pues ambos nos dan ejemplo de cómo se combaten los tres peligros».

Todo esto amplificado, ilustrado y expuesto con la brillantez y grandeza a que nos tiene acostumbrados el elocuente orador sagrado. Y con ser esto mucho, para nosotros el mayor éxito del Sr. Capón fué acertar a interpretar el momento hablando de las Congregaciones con el amor que hacia la Congregación flotaba en toda la fiesta.

Terminado el sermón, subió al presbiterio el Sr. Vázquez Gundín y leyó la siguiente Consagración:

«Acto de Consagración de los antiguos y actuales congregantes de la Anunciada y San Luis Gonzaga, a la Stma. Virgen.— Piadosísima Virgen María, Reina de los Cielos y Madre nuestra: al cumplirse el Quincuagésimo Aniversario de la Congregación que se honra teniéndote por Patrona en el misterio de tu Anunciación, nosotros, los que a ella hemos pertenecido y pertenecemos, reunidos a tus pies, como los hijos en torno de su Madre, queremos manifestar públicamente el amor que te profesamos, y renovar la consagración que desde niños te hicimos. ¡Oh Madre Celestial!, cuando nuestras madres de la tierra nos enseñaban a ofrecerte cada día, alma, vida y corazón.

En estos momentos solemnes, orgullosos del nombre de congregantes tuyos, llenos de júbilo porque nos has recibido en las filas de tus Congregaciones, en las cuales han



formado tantos santos y sabios, y casi todos los que en el mundo entero luchan denodadamente en la vanguardia por implantar y extender el Reinado social de Jesucristo, te ofrecemos y consagramos, de nuevo y para siempre, nuestros ojos, nuestros oídos, nuestra lengua, nuestro corazón, en una palabra, todo nuestro ser: nuestras familias, nuestros trabajos, nuestras penas, nuestras alegrías, nuestra vida entera, que queremos esté siempre perfumada con el aroma de tu amor, e iluminada con los destellos celestiales de esos tus ojos misericordiosos. Nada habrá en nosotros, a partir de ahora, que no sea tuyo: en especial la inteligencia, que permanecerá siempre ciegamente abrazada con las verdades de la Fé, y el corazón, que guardaremos siempre puro, como una azucena colocada en tu altar. Y, al consagrarnos a Tí, como Madre, te rendimos pleitesía, como a Reina, y te juramos que nunca traicionaremos las banderas de tu Hijo Jesucristo Rey, que no daremos nuestro nom-

bre a las sociedades secretas, enemigas suyas, y que derramaremos, si es preciso, hasta la última gota de nuestra sangre, para sellar con ella nuestra lealtad de hijos y vasallos.

Muchos faltan aquí, de los que tantas veces se pusieron tu medalla sobre el pecho: algunos no son ya de este mundo: alcánzales el descanso eterno. Otros, dispersos por los azares de la vida, no pueden acudir a tus pies: ayúdalos en sus necesidades de alma y cuerpo. Otros, en fin, olvidados de sus promesas, cegados por humanas pasiones, han extraviado su camino o se han pasado al adversario: a esos, Madre de Misericordia, devuélvelos a la casa del Padre común: mira que en su corazón hay todavía rescoldos del amor que en la Congregación te profesaron.

Vuelve tus ojos a España, tierra de tu predilección, y acelera el momento en que el Corazón de Jesús reine en ella, y con más veneración que en otras partes. Bendice a este pueblo de Santiago, que con tanto cariño miró siempre a tu Congregación. Y a todos nosotros, vida, dulzura y esperanza nuestra, guárdanos y defiéndenos como cosa y posesión tuya, para que, al llegar la hora de la muerte, al expirar con la esperanza de volar a tu regazo maternal, te repitamos lo que tantas veces te hemos dicho, y te decimos ahora, como un clamor de amor filial y de certísima esperanza: *Mírame con compasión: ¡No me dejes, Madre mía!*

Todos pudieron seguirla, pues previamente se había distribuido entre los concurrentes, hermosamente editada con un fotograbado de la Anunciada. Por la mañana se había distribuido también una estampa con el mismo grabado, conmemorativa de la fiesta.

Tras la consagración, la Capilla de la Catedral interpretó a toda orquesta el «*Tantum Ergo*», como antes había interpretado el «*Ave María*» de Goicoechea.

Dió la bendición con el Santísimo, visitando el hermoso terno propiedad de la Congregación, el Vicario Capitular D. Fernando Peña, asistido por el Director de la Congregación de La Coruña P. Manuel Gómez Aparicio, y el congregante D. José Manuel Adrán. Servían al altar los pequeños Estanislao vistiendo hermosas sotanas.

Y remató la fiesta de la tarde, como había rematado la de la mañana, con el himno de San Luis, entusiastamente cantado por todos los asistentes.

Quisiéramos dar una nota de conjunto de la tarde, y confesamos que no acertamos con ella. Acaso esté la nota de la función vespertina en ese algo difuso e impalpable que a todos nos rodeaba y a todos nos unía arrodillados en los mismos bancos, antiguos y actuales, congregantes y amigos; en ese algo que no se llama con ningún nom-

bre, pero que todos sentimos en nosotros, cuando al acabar una fiesta como esta y salir a la calle nos sentimos amigos de todos los que nos rodean, nos sentimos extraños al ambiente callejero, y experimentamos que dentro del alma llevamos un aroma que queríamos ver siempre perfumando nuestro corazón, y que nunca queríamos se evaporase.

Adhesiones.—Con motivo de las Bodas de Oro, la Congregación cursó sendos telegramas de adhesión a S. S. el Papa, y al Moderador General de las Congregaciones.

Su Santidad se dignó contestar con el siguiente:

«Citta Vaticano. Su Santidad agradecido homenaje adhesión Congregación Anunciada Compostela envíale pedida Bendición Apostólica ocasión Bodas Oro.—*Cardenal Pacelli*».

También el Excmo. Sr. Administrador Apostólico honró a la Congregación con un telefonema que leyó desde el púlpito el Padre Director:

«Felicítoles cordialmente por Bodas de Oro de su Congregación suplicando Virgen Santísima les bendiga maternalmente para que fructifiquen más y más cultura católica, piedad cristiana, trabajos de apostolado. Lamento no poder estar con ustedes personalmente. Obispo de Tuy. Administrador Apostólico de Santiago».

Otras muchas personas y antiguos congregantes se adhirió también a la fiesta expresando su sentimiento por no hallarse presentes a ella.

Representaciones.—Con los antiguos y actuales congregantes de la Anunciada acudieron a San Agustín y participaron en ambas funciones eucarísticas representaciones de las Juventudes Obreras locales, de la Congregación de la Coruña, y de las Juventudes de Marín, Brión, S. Orente de Entines, etc. A todos se les obsequió por la mañana con un espléndido desayuno, como pequeña muestra de lo que la Congregación de la Anunciada estimaba y agradecía su presencia.

Alguna de las Juventudes asistió al acto de la tarde con su bandera, escoltada por un buen grupo de asociados.

También contribuyeron con su presencia al mayor realce de la fiesta, la Asociación Cultural de la Escuela Nocturna Obrera, y los antiguos alumnos de las Escuelas de la Inmaculada. Para todos la gratitud de la Congregación.

¡A San Lázaro!—En tan señalado día, no podía faltar la visita a «nuestros amigos» los enfermos de San Lázaro.

No estaba la tarde apropiado para hacer ejercicios gímnicos entre los mares de barro de la Rua de San Pedro, y los visitantes optaron por un espléndido autobús que

CRÓNICA DE UNOS EJERCICIOS

Por RAMÓN JESÚS MUCIENTES

Son las cinco de la tarde del 10 de febrero de 1934, cuando van llegando al lugar de la cita un grupo de Congregantes de la Anunciada, que durante los días de Carnaval —días en que los hombres se hunden más que de costumbre en el fango de las cosas terrenas— abandonan el «mundanal ruido» para recluirse en el apacible y bello pueblo de Cuntis, con el propósito de someter las más nobles potencias de su alma al crisol purificador de los ejercicios espirituales que escribiera por inspiración divina en la Cueva de Manresa, el gran Santo de Loyola.

Acomodados en el automóvil, abandonamos Santiago y emprendimos el corto viaje, de poco más de una hora, recitando versos y cantando himnos en bulliciosa algazara para compensar el silencio que habíamos de guardar los días sucesivos.

Llegamos al Balneario de la Virgen ya de noche, y al saltar del auto, se arremolinan en torno nuestro una nube de curiosos chiquillos que nos contemplan con sus caras bobaliconas y boquiabiertas, sorprendidos sin duda del arribo de huéspedes en un mes de invierno al veraniego pueblo de Cuntis.

El Hotel, tan animado y concurrido en la temporada de aguas, está ahora desierto y silencioso, pero va a despertar de su tranquilo sueño merced a los pasos recios y voces alegres de este puñado de muchachos

tan hasta los topes se llenó, que fué preciso habilitar el techo para un grupo de valientes. Y por cierto que nadie podía sospechar el peligro tan grande que iban a pasar...; pues fué el caso, que para que no se «disolvieran» en el agua que caía, se consideró preciso taparles con una lona encerada: termina el viaje, se llega a San Lázaro y los de la lona sin dar señales de vida. Total, que si no se les avisa es posible que estuvieran todavía debajo de la lona; y hubiera sido cosa terrible el desastrado fin de tan florida juventud.

La visita como siempre. La rondalla—Carriñosa, Vázquez Garriga, Luis Porteiro, Jesús del Río y José M.^a Guerra—, hizo primores; los obsequios—esta vez extraordinarios—tuvieron el éxito consabido, y las bendicio-

que, por espacio de cinco días, han de dedicarse a la meditación de las sublimes verdades de la Fe.

Nos recibe amablemente el dueño del Balneario y rico propietario D. Marcial Campos, cuya generosa hospitalidad al darnos facilidades en su magnífico Hotel para nuestro alojamiento, realizó un acto digno del mayor encomio y que merecerá nuestra eterna gratitud.

Después de tomar posesión de nuestras respectivas habitaciones, nos reunimos para la plática preparatoria en la improvisada Capilla, adornada con exquisito gusto, en la cual resplandece una preciosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús en actitud de bendecir.

Tiene este primer acto la virtud de recoger la imaginación y concentrar el espíritu para poder recibir en los siguientes días las gracias abundantísimas de los santos ejercicios. Influidos por el fervor religioso que en nosotros despertó la persuasiva oratoria y el celo apostólico del Padre Cibrián, vivo en nuestro pecho el hondo sentimiento que embargó el espíritu de los que tuvimos la dicha de asistir a aquel devoto retiro, palpitan todavía los fervorosos propósitos que cada uno hizo interiormente, nuestra pluma no acierta a describir con fidelidad tan gratísimas impresiones, limitándonos a expre-

nes de los enfermos, aunque también las de siempre, nos llegaron al alma y nos emocionaron como nunca, sea por el contraste de nuestra alegría con sus miserias, sea por que ellos ponen cada día en ellas más cariño.

La vuelta en el mismo autobús, subiendo hasta la Quinta Angustia, y navegando en mares de barro. Angustia verdadera la nuestra en un momento en que creímos que volcábamos y rematabamos la fiesta con nuestras personas en el santo suelo.

Otros aspectos del día podríamos reseñar, pero preferimos hacer aquí punto final.

Quiera el Cielo darnos el celebrar las Bodas de Diamante los que celebramos las de Oro, para honra de la Anunciada y consuelo de todos nosotros.

sar que las meditaciones y pláticas del Director de los ejercicios, llenas de singular unción, fueron caldeando nuestro ánimo a medida que la exposición de las verdades eternas iluminaba las conciencias, avivando recuerdos y creencias que pueden adormecerse algún día, pero morir jamás.

Diariamente oíamos la Santa Misa, que se celebraba a las ocho y media, para la cual, media hora antes, nos despertaba el sonido de una broncínea campana que hería



La nota culminante de los ejercicios de Cuntis. Viana, el Tesorero de la Anunciada, con la enorme campanilla, a dos manos... Así lo ha sorprendido el lápiz de Tomé.

nuestros tímpanos, fuerte y hábilmente manejada por Viana, quien no pudo desempeñar mejor su cometido, pero su puntualidad era tan británica, que todos mirábamos con ojos hostiles al compañero que nos arrancaba de los brazos de Morfeo.

Las comidas y cenas, opíparas y abundantes, que acreditan la justa fama de aquel Hotel, eran amenizadas por lecturas de libros piadosos, en la que alternábamos los ejercitantes: Primero se leyó la interesantísima vida del Padre Pró, mártir de la ínclita Compañía de Jesús en tierras de México, figura que cautiva por su carácter simpático y expansivo, sobre todo en el trato con los

obreros, como austero y mortificado consiguió mismo. Terminada la vida del Apóstol de Cristo Rey, saboreamos una vez más la de nuestro Señor Jesucristo, magníficamente escrita por el P. Vilariño.

Durante los ratos libres, entre las pláticas y meditaciones de mañana y tarde, paseábamos por la espléndida terraza del Hotel, desde la que se contempla el hermoso valle que tiene su centro en Cuntis, y también recorriamos, aprovechando la agradable temperatura que disfrutamos, el parque del pintoresco Balneario, a cuya vera corre un fresco riachuelo formando pequeña cascada, lugar predilecto de reposo y contemplación para algunos de nosotros.

Terminados los ejercicios y luego que nos hubimos confesado, tuvo lugar el solemne acto de Bendición Papal, y después nos dieron permiso para hablar y salir, que como es de suponer fué acogido con la alegría consiguiente, improvisándose un orfeón que entonó, desde la marcha de San Ignacio hasta el himno de San Luis, a través de todos los cánticos religiosos habidos y por haber.

El jueves, día 14, recibimos la sagrada Comunión de fin de ejercicios, y en acto de despedida, nos trasladamos a la iglesia parroquial que tiene aspecto de Colegiata, en donde se admiran las notables imágenes de la Asunción de la Virgen y un precioso Santo Cristo, obras ambas del escultor gallego Ferreiro, de fines del siglo XVIII, y la moderna y bellísima escultura de Nuestra Señora del Carmen, debida al cincel de Asorey y donada a la iglesia por el antes citado D. Marcial Campos.

Ante la Santísima Virgen que corona el altar mayor, se cantó la Salve Regina y se repitieron los himnos religiosos de la tarde anterior con el mayor recogimiento.

A continuación y después de hacernos unas cuantas fotografías, dejamos el simpático pueblo de Cuntis, que será para nosotros de grato recuerdo, regresando a la Ciudad del Apóstol con la interior satisfacción de haber consagrado unos días a la santificación del alma exclusivamente y contribuir así a nuestro perfeccionamiento moral para reanudar, con más conciencia del deber, nuestros estudios universitarios.

LA VELADA DEL 23

No fué una velada más. Una de las muchas veladas que sucesivamente se repiten, en la mecánica rutina, frías de alma y exentas de sentimiento: Unas veladas que pasan y se olvidan. Nuestra velada del 23 salió de la norma común. Escogida, selecta, fué una pieza de verdadero arte y verdadera poesía. Como requerían los dos motivos de su celebración: clausura del décimonono aniversario de la Redención y las Bodas de Oro de la Congregación de la Anunciada.

Magníficamente arreglado el teatro —el teatro acogedor y simpático de la Casa Social— hermanas de congregantes de la Anunciada, pusieron su exquisito buen gusto en arreglarlo, y el aspecto que presentaba era deslumbrante. Colgado de los palcos y en las esquinas, magníficos reposteros ponían su nota de egregia majestad. Ramilletes de flores, artísticamente combinados y magistralmente esparcidos ponían su sello de égloga pintoresca...

La orquesta. A piezas maestras de selección nos tiene acostumbrados el maestro Braze. El día 23 se superó a si mismo. Una

ejecución esmerada y limpia, elegante y esmerada que el público entusiasmado coronó con sus aplausos.

Joaquín Florit. Atildado, correcto en la expresión y la forma, nos deleitó con su oratoria sencilla y elegante. *Pastor y pasto El solo*, fué el título de su disertación, que adornó con las siguientes proyecciones.

«Lavatorio de los pies: Tintoretto.—La última Cena: Leonardo de Vinci.—Detalle: Jesús: Leonardo de Vinci.—Cena: Juan de Juanes.—Jesús mostrando la Sagrada Hostia: Id.—La Oración del Huerto: Salcillo.—Detalle: El Ángel, id.—El beso de Judas: Id.—Detalle: Cabeza de Jesús y cabeza de Judas, id.

Intercalados declamó dos magníficos sonetos. De Lope de Vega uno y del marqués de Lozoya otro.

Antonio Iglesias de la Riva: Oratoria de grandes vuelos. Forma literaria magníficamente recortada. Imágenes precisas y maravillosamente forjadas sobre la pasión de Jesús. Jesús ante Caifás, la negación de Pedro, el beso de Judas, y, descollando so-



bre todas ellas el canto a la flor de espino, que cerró su disertación. Fué un lírico de aristas insospechadas y bellísimas que entusiasmó la atención de sus oyentes con la magia fluida de su verbo. Intercaló entre su discurso las proyecciones:

«Jesús ante Caifás»: Mosaico del siglo VI. «Negación de San Pedro», id. «Negación de San Pedro»: Caravaggio. — «Jesús ante Herodes»: Duccio di Boninsegna. — «Flagelación»: Beato Angélico: Id. Velázquez. — Detalle: Id. — «Jesús confortado por dos ángeles después de la flagelación»: Murillo «Ecce Homo»: Morales: Id. Ciseri: «El Cristo de la Luz»: Gregorio Hernández.

Y le dió una nota de variedad con la recitación de poesías: «El otro beso de Judas», de Juan Nicasio Gallego; «Corazón que sufre y ama», de Gabriel Miró; «Capitana de la Angustia», de Gerardo Diego.

Fermín Zelada. Una impresión ligerísima. Sobradamente conocido es Zelada y su oratoria nos suena ya a plena consagración. Fluidez admirable engarzada en una facilidad y sencillez magníficas. Declamación justa... Esas son las principales características de su oratoria. Pero bien sabemos que

en esto no hemos hecho un descubrimiento; de sobra conocidas son sus cualidades para que vayamos a enumerarlas todas.

Proyecciones que amenizaron su disertación: «El Pasmó de Sicilia»: Rafael. — «Jesús encuentra a su Madre»: Chirlandaio; idem Ludovico Seitz. — «Cristo en la Cruz»: Velázquez. — «Descendimiento»: Van der Weyden. — «Piedad»: Morales. — «Adoración de los Pastores»: Murillo. — «Adoración de los Magos»: Bentile da Fabriano. — «Sagrada Familia del pajarito»: Murillo. — «Piedad»: Gregorio Hernández. — Detalle: «Cabeza de la Virgen»: Id. — «Santo Entierro»: Juan de Juni.

Declamó las poesías: «La primera caída» de Machado; «Pastor, que con tus silbos amorosos», Lope de Vega; «Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos», Fr. Luis de Granada.

Con esto terminaron las solemnidades que la Congregación dedicó a conmemorar sus cincuenta años de vida. ABRENTE quiere dar su cálida enhorabuena a todos los que en ellas intervinieron y hacer votos porque siga la Congregación triunfando en actuación y en eficacia, como hasta aquí.



PÁGINA DE HUMOR

Por LOS HEPÁTICOS

EL HOMBRE QUE ABANDONÓ SU HÍGADO

Era un lo que se dice hombre elegante. Su pantalón jamás dejó de conservar inalterable su raya que, ni aun al sentarse, sufría la mas leve discontinuidad de sus aristas. Sus zapatos eran un espejo en el cual se miraba disimuladamente, como buscando algo en el suelo. Un finamente recortado bigote le sombreaba el labio superior. Su peinado no merecía el menor reproche. Jamás un pelo abandonó el paralelismo y simetría que imperaba en el conjunto. Era, en fin, el hombre elegante por antonomasia.

Y, sin embargo, aquel hombre no podía ser feliz. El hígado le había hecho víctima de sus travesuras, y le atenazaba con un dolor intenso. Así se explica que pasase tan malos días y tan malas noches.

¡Oh las noches! Aquello era algo horrible, espantoso. No hacía más que darle media vuelta al conmutador (un precioso conmutador de azul sedante), cuando empezaba a ver unos círculos rojos, que giraban en torno de sí, y que daban la sensación de querer aprisionarle entre sus anillos. Pálido y con los ojos desencajados, echaba mano al lado izquierdo — a donde él creía que estaba el hígado — y exclamaba: «¡la bilirrubina!». Sin moverse miraba aquellos anillos que le eran tan conocidos, y pensaba en una chica, propietaria también de unos anillos rojos, iguales a estos. ¡No! Los de ella eran más pequeños y aprisionaban un ebúrneo brazo, mientras estos le aprisionaban a él que no tenía nada de ebúrneo. Y mientras pensaba esto, los círculos rojos eran sustituidos por otros verdes, que le producían un dolor todavía más intenso que los anteriores; y exhalaba, también pálido: «¡la biliverdina!». Y a los círculos verdes sucedían los rojos y a éstos los verdes, produciendo a los ojos del paciente, una verdadera danza macabra. Cuando llegaba a este estado no sabía que hacer. Unas veces pensaba en el argumento de la película que había visto aquella tarde; otras recordaba la partida de dominó que había jugado en el café con unos amigos, y se reprochaba la torpeza que había cometido al jugar un seis-dos, en lugar del dos doble; otras muchas se criticaba por haber comprado unos calcetines amarillos. Y casi siempre terminaba por tomarse unas copas de brandy, que se le subían a la cabeza y acababa por confundir los círculos y dormirse.

Pasó el tiempo y el hombre aquel se ena-

moró — nadie está libre de hacer tonterías —. El niño ciego le había clavado su saeta en medio y medio del corazón (suerte que no le hubiese dado en el hígado), y entre el amor y el hígado se duplicaron sus sufrimientos.

Día tras día, las fuerzas le iban abandonando. Cuatro pelos rebeldes se separaban de sus compañeros, y languidecía poco a poco. ¡Se sentía morir! Entonces se sublevó contra esta idea. ¡Morir, no! ¡Qué dirían sus amigos si se muriese!... Que era un idiota, que no sabía jugar al dominó, que había sido un primo por haber prestado cinco duros. ¡No! ¡Eso no! Ni morirse, ni volver a prestar dinero! ¿Qué hacer?

Al fin tuvo una idea genial. ¡Tiraría el hígado! Y empezó a pensar la manera de llevar a cabo esta operación. Dióse golpecitos por todo el abdomen, pero la aborrecida viscera se oponía recia.

En vista del escaso éxito pronunció aquellas palabras, capaces de conmover a una piedra: «Non te peto, piscem peto. ¿Quid me fuges, hígado?».

El hígado, altamente emocionado, capituló. Saldría del cuerpo por entre las vértebras atlas y ascis.

El elegante no aceptó esa salida, pues tenía miedo a perturbaciones gástrico-cardíacas. El hígado entonces negose a salir.

Nuestro hombre llegado al limite de su paciencia, se apoderó del primer cortaplumas que encontró a mano, y con él, se practicó una limpia y esbelta incisión en el abdomen. Introdujo una mano por la abertura y con la otra libre, cortó, tocando las vísceras: «Ésta sí... esta no... esta sí... esta no... ¡esta sí!». Acertó por casualidad. Unos segundos más tarde sus dedos traían aprisionado, al aborrecido hígado. Respiró tranquilo.

De pronto le asaltó una idea, en la cual no había pensado. ¿Qué haría de él? ¿Dónde lo pondría? Se le ocurrieron veinte procedimientos; ninguno era factible. Por último halló la solución: Con el hígado envuelto en papeles, salió de la población. La suerte le favoreció. Pronto encontró una hoya que parecía destinada a recoger hígados. Allí lo colocó. Marchóse satisfecho a casa, sintiéndose aliviado de un peso.

Aquella tarde merendó en el bar, una cosa que parecía su hígado. Al mediodía, había salido de la ciudad el encargado de coger setas, que luego vendía a los encargados de los bares. Pero como el camarero le dijo que aquel plato era de «Wedet's» con patatas, se lo creyó. ¡Para qué complicarse la vida!

NUESTRA HISTORIETA

El caso del actor Lupiañez



Lupiañez hacía el Tenorio que quitaba la cabeza y parte del cuerpo.



Pero como hipódo forzado era una birria y en la escena del rapto fracasaba porque no podía con doña Inés.



Consultó con el doctor Eficaz, el cual le recomendó que se tonificara con el inimitable Jarabe Riché...



y Lupiañez se medicinó con el maravilloso tónico.



Pasados unos días puso el Tenorio nuevamente...



Y en la escena del rapto se llevó a cuestras a doña Inés... ¡y al apuntador!



Carmen Cambón

MERCERIA

LANAS, MEDIAS

GUANTES, BOLSOS

Calderería, 62 SANTIAGO

Francés teórico-práctico

MILES. ALVAREZ DE GRILLOT

(PROFESORAS FRANCESAS TITULADAS)

ENSEÑANZA COMPLETA DE LA ASIGNATURA
PREPARACION BACHILLERATO, MAGISTERIO Y
REINGRESO EN LA NORMAL

Clases a domicilio y Virgen de la Cerca, 6

SANTIAGO

MOSQUERA

GENEROS DE PUNTO - PARAGUAS

PERFUMERIA - CONFECCIONES

CAMISERIA - ARTICULOS DE VIAJE

PREGUNTOIRO, 21

Teléfono 1127 - SECCION DE CALZADOS - PREGUNTOIRO, 19

Jesús Raposo Ribadulla y H. no

GRAN FABRICA DE CHOCOLATES
TORREFACCION DE CAFES
IMPORTADORES DE YERBA MATE

Casas Reales, 21 Teléfono 1400

SANTIAGO

GRANDES ALMACENES DE TEJIDOS

NUEVO MUNDO

Sucursal de Hijos de Simeón García y Comp.^a

San Andrés, 41 y 43 Teléfono 256

LA CORUÑA

Sección de Sastrería y Confecciones - Inmenso surtido en Pañería del reino y extranjero

SE CONFECCIONAN TODA CLASE DE PRENDAS PARA SEÑORAS, CABALLEROS Y NIÑOS

JULIO FERNANDEZ HERNANDEZ

MEDICO CIRUJANO

Especialista en Partos y Enfermedades de la Mujer

CONSULTA DE 3 A 5 Y DE 12 A 1 1/2

SENRA, 14

SANTIAGO

Recomendamos a nuestros lectores compren en las casas de nuestros anunciantes.

Antiguas librerías PORTO

Rúa del Villar, 16 SANTIAGO DE COMPOSTELA

LIBROS DE TEXTO PARA TODOS LOS CENTROS
DOCENTES :: OBRAS DE CONSULTA Y ESTUDIO
SUSCRIPCION A REVISTAS LITERARIAS
: : : : : : Y CIENTIFICAS : : : : : :

PAPELERIA

COMPOSTELA

LA CASA DE LAS ESTILOGRAFICAS

OBJETOS DE ESCRITORIO

CINCO CALLES

Librería OCASION

COMPRA VENTA toda clase de
libros antiguos y modernos textos

PAGO BIEN

Vendiendo sus libros leídos hacen
un bien a la cultura y a los padres

CALDERERIA, 5

AUTOMÓVILES Y CAMIONES

DODGE Y RENAULT

GARAGE AMERICANO

Teléfono 1720 ♦ SANTIAGO ♦ Concepción Arenal, 3

DOMINGO CARRO

COMERCIO DE TEJIDOS
ALFOMBRAS, TAPICERIA

PREGUNTOIRO, 3

SASTRERIA

DE

Eduardo Fernández

Gelmírez, 1 y Platerías, 4

SANTIAGO

EL 0,95 DE
"La Modernista"

EL MEJOR DE GALICIA

Cardenal Payá 5 - SANTIAGO

Dr. Ruza

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES
DE LOS

NIÑOS

DEL INSTITUTO MUNICIPAL DE
PUERICULTURA

Consulta de 4 a 6 Virgen de la Cerca, 27
TELÉFONO 1790

Dr. Ballesteros

CIRUGÍA GENERAL

ESPECIALISTA EN

NARIZ, GARGANTA Y OIDOS

Consulta de 10 a 12 y de 4 a 6

Virgen de la Cerca, 24 SANTIAGO

Heraclio Refojo Pazos

Relojes de las mejores marcas

Composturas de todas clases

CALDERERIA 4 SANTIAGO

"LA VASCONGADA"

RAMÓN ARA PARDO

Confitería y Pastelería. Bombones y Caramelos
de las marcas más acreditadas.

Casa especial en objetos de fantasía propios
para regalos.

Preguntoiro, 7 Teléfono 1319
SANTIAGO

PEDID

Tostado AVION

El mejor tónico reconstituyente

JOSÉ VÁZQUEZ

Preguntoiro, 33 SANTIAGO

A. Torrado

MEDIAS MUY BARATAS

Preguntoiro, 29 Santiago

JULIO TOJO

CALZADOS

Calderería, 43 SANTIAGO

Academia SCIENTIA

Teléfono, 1542 — Santiago de Compostela — Apartado de Correos, 1

Primera Enseñanza. Bachillerato. Reingreso en la Escuela Normal.
Para alumnos varones, pensionistas, medio pensionistas y externos con permanencia vigilada.

Sólida educación moral, intelectual y física.
Excepcionales condiciones higiénicas y magnífico campo de deportes.
Competentísimo Profesorado titulado con larga práctica docente.

DIRECTOR TÉCNICO

D. Luis Pereira Rial. Lcdo. en Filosofía y Letras. Profesor de la Universidad.

PROFESORADO

D. Juan Pérez Millán. Dr. en Letras. Dr. en Filosofía. Lcdo. en Ciencias Históricas. Bachiller en Idiomas Modernos. Profesor de la Universidad.

D. Paulino Pedret Casado. Lcdo. en Filosofía y Letras. Dr. en Filosofía y en Derecho Civil. Ayudante de la Universidad.

Srta. María del Carmen Rey Martínez. Lcda. en Filosofía y Letras. Maestra Nacional.

D. José Sánchez Alvarez. Lcdo. en Ciencias y en Farmacia. Profesor de la Universidad.

R. P. José Cepeda Vidal. Lcdo. en Ciencias. Maestro de Primera Enseñanza. Profesor de la Universidad.

D. J. Antonio Villasante. Doctoral de la Metropolitana. Maestro de Primera Enseñanza. Ex-profesor del Instituto y de la Escuela Normal.

D. Antonio Cortizo y Cortizo. Maestro de Primera Enseñanza.

D. José Fernández Pomar. Maestro de Primera Enseñanza.

HONORARIOS

Primera Enseñanza.....	15 pesetas	
BACHILLERATO	Preparatorio de ingreso.....	20 »
	Preparatorio y primer curso.....	40 »
	Cada curso completo: 1.º, 2.º y 3.º.....	35 »
	» » » 4.º, 5.º y 6.º.....	40 »
	Cada asignatura que exceda de un curso.....	10 »
Asignaturas sueltas: la 1.ª, 20 ptas.; las demás, 10 ptas. cada una.		
Reingreso en la Escuela Normal.....	50 pesetas	

Cuando haya varios hermanos en la Academia, uno pagará honorarios enteros y los demás tendrán rebaja de 5 pesetas cada uno.

Pensionado, 165 pesetas mensuales (sin incluir las enseñanzas).

Medio pensionistas, 80 pesetas.

Pago adelantado.

PÍDANSE INFORMES Y REGLAMENTOS